Tomás González

El lejano amor de los extraños



El lejano amor de los extraños



Tomás González

El lejano amor de los extraños

ALFAGUARA

© 2012, Tomás González
© De esta edición:
2012, Distribuidora y Editora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A.
Carrera 11A Nº 98-50, oficina 501
Teléfono (571) 7 05 77 77
Bogotá - Colombia

• Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A.
Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires
• Santillana Ediciones Generales, S. A. de C. V.
Avda. Universidad, 767, Col. del Valle,
México, D. F. C. P. 03100
• Santillana Ediciones Generales, S. L.
Torrelaguna, 60. 28043 Madrid

ISBN: 978-958-758-483-7
Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*
Primera edición en Colombia, noviembre de 2012

Diseño:
Proyecto de Enric Satué

© Ilustración interior: Diego Miguel Rojas y Patricia Hu

Diseño de cubierta: Santiago Mosquera Mejía
y Pauline López Sandoval

AVISO
Ediciòn digitalizada (no autorizada) para uso exclusivamente personal. Prohibida su reproducciòn o distribuciòn con animo de lucro. Haga uso de este archivo bajo su responsabilidad. Apoye la cultura local, trate de obtener el libro fisico siempre que pueda.

Contenido

Luz de tus ojos

Antes de casarse con Lurdes, cuando aún no había cumplido treinta años de edad, Jairo Garcés, abogado, era ya dueño de tierras, casas y muchas otras propiedades. Entre esas propiedades había un almacén de materiales de construcción que quedaba a las afueras de la ciudad, donde empezaban los primeros cafetales. Allí trabajaba, más de administradora que de secretaria, Obeida, que era muy gorda y bonita, aunque no tan bonita como Zaida, su hermana menor, quien también era alta y muy metida en carnes, pero sin llegar a la gordura, y usaba faldas ajustadas, escotes amplios y tacones altos y delgados.

—Camina con todo eso y nunca se cae —decía Lurdes.

Jairo había conocido a Lurdes cuando ella tenía quince años y estudiaba quinto de bachillerato. Llevaban dos años de novios. Era hija única y vivía con sus padres en una casa grande, cerca del cuerpo de bomberos. De mediana estatura y pelo abundante y negro, como de gitana, se movía con una desenvoltura natural que la hacía parecer muy hermosa.

A Jairo no le había sido difícil empezar a salir con ella, a pesar de que le llevara tantos años, pues no era feo y a Lurdes le gustaba de verdad. Además la halagaba el hecho de que fuera conocido, rico y manejara su automóvil con mucho aplomo. A él le gustaba Lurdes por el pelo, la voz clara y firme, la manera de caminar, la manera de ponerse la boina del colegio, el negro de los ojos, lo apasionado de su temperamento, la simpatía, la risa y la sonrisa.

Desde el principio la relación fue turbulenta. Él no era mujeriego, pero Lurdes era muy celosa, y como el orgullo le impedía reconocerlo, estallaba por motivos que nada tenían que ver con la causa del enojo. De modo que sus celos, hasta que él perdió la vista y ya no pudo mirar más a las mujeres, siempre lo desconcertaron.

De haber sido persona de introspecciones, Jairo quizás se habría dado cuenta de que en los sitios públicos de vez en cuando se dejaba llevar y admiraba la especial cadencia y armonía de las mujeres que se

sienten bellas, y que eso molestaba a Lurdes. Pero Jairo no era persona de pensar frases que tuvieran que ver con armonías. Lo suyo habían sido solo los negocios y ahora eran solo Lurdes y los negocios.

—Usted no tiene por qué tratarme con tanta indiferencia —le dijo ella una tarde, en una de las heladerías del parque principal.

Se habían encontrado allí con un amigo y su esposa, y el amigo, dueño de una firma de ingenieros, había hablado del contrato que acababa de firmar para los trabajos de ampliación de las calles que daban precisamente a ese parque. Jairo era uno de los socios capitalistas y había movido sus muchas conexiones políticas para la aprobación de la obra. Se iban a derribar unas veinte casas, de las primeras que fueron construidas en la ciudad, y la oposición al proyecto había sido grande.

La miró desconcertado.

De haber sido persona atenta a los detalles, Jairo habría quizás reconocido que tampoco esta vez había

dejado de admirar, cuando se alejaban la esposa y el amigo, la vena de las medias veladas de la esposa y su cadencia especial y su armonía. Así que ahora, totalmente confuso, se preguntaba cómo diablos habría él podido hacer participar a una muchacha de diecisiete años en una conversación sobre la oposición de un puñado de concejales lloriquetas a un proyecto que implicaba el derribo de unas pocas casas de bahareque. Con tal de hacer política, a cualquier cosa llamaban joya arquitectónica o patrimonio histórico, pensaba Jairo. No eran seguras las tales casas, además, por lo viejas: muchas de las celosías de madera y de los tan cacareados portones y escaleras, por más labrados que fueran, estaban llenos de gorgojo. ¡Cómo estarían las vigas!

—¿Indiferencia? —dijo.

Así como el amor por Lurdes era cada vez más hondo, su estilo para los negocios se había hecho cada vez más brusco y, según algunos, más implacable. Cada día era mayor el número de campesinos asesinados

que llegaban a la morgue, mientras él se hacía, día a día, más rico e influyente, y había gente que no dejaba de relacionar, justa o injustamente, una cosa con la otra. Nadie se lo iba a preguntar de frente, pero si por casualidad alguien lo hubiera hecho, bien habría podido Jairo responder con toda sinceridad: «Yo no he matado a nadie».

—Cuando no hay nadie por ahí, se sobra usted de zalamerías. Pero vaya que aparezca alguien y ya no me vuelve a determinar.

—Pero, mujer, lo que pasaba era que estábamos hablando…

—No me importa de qué estaban hablando. O sea, pues, que me das por bruta. A mí se me respeta.

La discusión alcanzó momentos absurdos. Él se miraba los zapatos y se preguntaba si no estaría soñando. A Lurdes se le desbordaban las lágrimas, y cuando él trató de tomarla del codo para tranquilizarla se apartó con violencia y derribó sillas, vasos y botellas con un estrépito que ocupó el parque entero y casi hace levantar el vuelo a las palomas.

Las reconciliaciones fueron siempre difíciles. Lurdes se encerraba en su casa después del colegio y él no podía hablarle. Le llevaba serenatas, pero las luces de la casa permanecían apagadas. La esperaba a la salida del colegio, y ella, como pez en un banco de peces, se las arreglaba para desaparecer entre el revuelo de los uniformes. Le mandaba razones, le mandaba regalos. Y aunque no llegaba al punto de emborracharse y llorarle en la puerta de la casa, se ponía sí muy melancólico por ahí, en bares donde no lo conocieran demasiado. Los suegros intervenían, ella cedía y todo comenzaba de nuevo.

Lurdes terminó bachillerato y se empezó a hablar del matrimonio. Pero paz nunca había, y cada vez que Jairo creía haber aprendido a cuidarse mejor, algo ocurría. A sus espaldas se decía que ella le pegaba. Falso. Una patada en la espinilla una vez, pero aquello fue casi jugando. Otra vez trató de arañarle la cara, pero él la mantuvo agarrada con firmeza de las muñecas hasta que la tensión pareció ceder. Cuando la soltó, se le lanzó de nuevo y tuvo que volver a agarrarla.

—Ahora sí me podés soltar, maldita sea, que no te voy a hacer nada —dijo—. Pero ni se te ocurra venir a lloriquearme, como siempre, tras las faldas.

Aquella vez se demoró tres largos meses en perdonarlo, pues alcanzó a sentir que él había estado a punto de golpearla.

Entonces la obesa Obeida quedó en embarazo de su marido, que tampoco era delgado, y se puso aún más gorda, por lo que muy pronto estuvo incapacitada para seguir trabajando, pues se fatigaba y jadeaba mucho al desplazarse y casi no podía pasar por la puerta del baño del depósito.

—No me imagino el tamaño del niño que van a tener —decía Lurdes.

La bella Zaida, a quien su hermana Obeida, desde que supo de su embarazo y casi en secreto, había estado empapando del negocio, entró a remplazarla sin que Jairo le dijera nada a Lurdes. El abogado quería evitarse problemas inútiles, al fin y al cabo ella nunca iba al almacén y, si se lo decía, corría el riesgo no solo

de que se enojara, sino de que impidiera que Zaida remplazara por un tiempo a Obeida, y en ese caso él mismo tendría que ponerse a enseñarle a alguien, cosa que no tenía ni el tiempo ni la disposición de hacer.

Nunca faltaban los líos. Cuando no eran por un lado eran por el otro. A veces es mejor no tener plata, pensaba el abogado Garcés, y no solo por los enredos sino por las envidias. Sabía muy bien lo que de él se decía en la calle, especialmente sus enemigos políticos. ¿Que había tenido algo que ver con lo de El Jardín? Pues que lo probaran, partida de resentidos. Aquella finca la había comprado mucho después de la tan mentada matanza, y a buen precio, no lo negaba, pero ¿es que hay obligación de comprar caro? ¿Que financiaba a los bandidos conservadores? Acusación más absurda no podía haber. Era amigo de algunos, por supuesto, con algunos incluso había ido al colegio, y si se los encontraba cuando iba a sus fincas, pues los saludaba y hablaba con ellos. ¿Y era que estaba prohibido saludar a gente que había conocido toda la vida?

Y ahora el enredo de Zaida.

Jairo acostumbraba hacer visitas diarias rápidas al almacén, aunque a veces se permitía dejar de ir dos o más días seguidos, pues sabía que con Obeida estaba en las mejores manos. Ahora, con la llegada de su hermana, el abogado se la pasaba allá, y él mismo pensaba que lo hacía para vigilar que todo estuviera en orden, pero en realidad era porque los escotes de Zaida eran amplios y sus senos tersos y abundantes, y porque cruzaba y descruzaba las piernas con frecuencia y dejaba ver sitios donde se mezclaban el rosado asfixiante y el poderoso negro. Cuando Zaida le sonreía recorría a Jairo con toda la extensión de sus ojos maquillados, y cuando pasaba a su lado lo arrastraba casi, como un viento fuerte. Al soñar con ella, cosa que ahora sucedía casi todas las noches, Jairo siempre llegaba, después de recorrer terrenos escabrosos, a una ciénaga que se abría con la suavidad del raso y dejaba ver a veces una especie de mercado, a veces dunas o grupos de palacios.

Entretanto Obeida seguía engordando. Lurdes la vio una vez de lejos en la calle y quedó maravillada. «Si el niño sale demasiado grande para criarlo en la casa, les podés prestar el depósito del almacén», dijo, inocente de lo que estaba a punto de ocurrir precisamente en el almacén. Claro que él no estaba muy seguro de que Lurdes hablara en broma, pues la conocía cada vez mejor y sabía que su lógica se acercaba mucho a la alucinación. A pesar de la atracción sin tregua que ahora sentía por Zaida, cada vez admiraba más a la que iba a ser su mujer. Y sonreía, dándole la razón a Lurdes, al imaginarse al bebé gigante gateando por el depósito o alimentándose con un biberón del tamaño de un cilindro de gas. Habían comprado el vestido de novia. Habían hecho el primer ensayo de la ceremonia y tenían los muebles y la ropa de cama.

Cuando no pudo más y las sonrisas de Zaida lo desbordaron, Jairo recorrió por fin aquel territorio vasto y entró a lugares a veces oscuros, a veces muy iluminados, iguales a los de sus sueños; a sitios recogidos

y abrumadores donde se olía a veces a rosas, a veces a algas o a cangrejos, y donde al final se extraviaba. Entonces se quedaba inmóvil y eran las manos de Zaida las que lo recorrían ahora mientras él cerraba los ojos y se abandonaba a algo que jamás había sentido, placer en lugares de los que no era sabido que brotara el placer y también en aquellos de donde era bien sabido que brotaba, como si lo estuviera poseyendo, no Zaida sola, sino una multitud que lo arrollaba hasta casi desbaratarlo, semejante a un alud de plumas, talcos y colchones. Ya, ya, Zaida, ya no más, dijo en algún momento de esa tarde, ahora sí no más, ahora sí necesito dormir, o me le muero. Y cuando despertó era de noche y ella ya se había ido.

Algo semejante ocurrió al día siguiente, y al siguiente, y al otro, mientras Obeida seguía creciendo y se acercaba el momento de dar a luz.

La inocencia de Lurdes no duró mucho. Y no porque ancianas verrugosas hubieran venido a tocar a su puerta, tarde en la noche, para advertirle de lo que

estaba ocurriendo en el almacén y luego desaparecer entre risitas y pedos. Necesidad de eso no hubo. Tampoco fue necesario que la bella Zaida se descuidara y no le quitara bien a Jairo el lápiz labial de todos los lugares que había visitado. Ocurrió simplemente que Lurdes un día se enteró de que era Zaida la que estaba trabajando en el almacén, y a la mañana siguiente, cuando se vio con Jairo, lo miró con un poco de detenimiento y no solo supo que algo había ocurrido, pues cosas así necesariamente cambian la expresión de los ojos de la gente, sino lo que había ocurrido. Entró en una especie de trance helado. ¿Sabés qué? Yo mejor me voy, dijo de pronto, y Jairo se quedó en mitad de una frase, sin saber qué hacer ni entender lo que había pasado.

—Lurdecita, niña, ¿qué le pasa que la veo tan pálida? —preguntaba la mamá, y ella nada contestaba.

Maldita cochina, perra sucia, marrana hedionda, pensaba Lurdes. Vas a ver, maldito. Cerda sinvergüenza, ojalá y se te repudran los ovarios. Ya verás lo

que te va a pasar por puto, desgraciado. Por andar detrás de la gran cerda, pensaba.

—Adiela, ¿qué le pasa a la niña que la veo tan descolorida? —preguntaba el papá.

Lurdes recorría su cuarto con el abundante pelo negro revuelto, sin contestar a lo que le decían, y después recorría el solar y pasaba, sin ver nada, por debajo de los mangos.

—¿Qué horas son? —preguntó de pronto.

—¿Por qué, hija?

—¿Qué horas son?

La mamá dijo las diez, y Lurdes dijo allá deben de estar los infelices, y entró al baño y salió del baño con una bolsa, y se fue para la calle sin siquiera cerrar el portón. Reinó el silencio más grande que en esa casa se había conocido hasta entonces. El papá y la mamá se miraron, pero no hablaron. Ni siquiera los gallos cantaban. La mamá sirvió café con pan y se sentaron a esperar que lo que fuera a pasar pasara. Y cuando, faltando un cuarto para las once, sonaron

en la puerta los golpes que habían estado esperando, la mamá se quitó el delantal y salió a abrirle al niño que tocaba.

—Corra, doña Adiela, que Lurdes dejó ciego al doctor con Ángel Rojo.

El envase del líquido para destapar inodoros que Lurdes le había arrojado a Jairo tenía el sello de un ángel con espada y alas rojas, y el líquido borbotaba, echaba humo y zumbaba cuando tocaba agua o cualquier materia orgánica.

La mamá salió corriendo y muy pronto el papá la alcanzó en el automóvil. Todos los niños de la ciudad parecían haberse volcado a las calles y empezado a correr hacia el almacén. Cuando el papá y la mamá llegaron, a Jairo y a Zaida se los habían llevado para el hospital, y a Lurdes la conducían a la inspección de policía. Se la veía aún furiosa. La melena parecía habérsele puesto más negra y abundante. Y los dos policías jóvenes y de mejillas coloradas que la llevaban la miraban de reojo con algo de admiración y de recelo.

—Ropa, dentífrico y Kotex —dijo Lurdes cuando el papá quiso saber lo que necesitaba, y la mención con voz firme y alta de los paños higiénicos hizo que en los dos policías aumentara la admiración y sobre todo el recelo.

Entretanto Jairo, tan pronto los analgésicos le aliviaban un poco la tortura de los ojos, preguntaba por Lurdes y mandaba llamar a Herminio, el abogado que había contratado hacía algunos años para que hiciera cosas que a él no le gustaba ni le convenía hacer. Desde la oscuridad de sus vendajes le pidió que se ocupara de que no se fueran a llevar a Lurdes para la cárcel de mujeres, que allá esa loca era capaz de hacerse matar o algo, que la sacara cuanto antes de la inspección y la llevara para la casa de los padres.

Jairo se quedó ciego y a Zaida se le formaron cicatrices en el hombro parecidas a sedas movidas por el viento, a rizos de agua. Un juez le dio a Lurdes la casa por cárcel, decisión más bien inútil o redundante, ya que, ni ella pensaba ir a ningún lado, ni en la

puerta de la casa hubo nunca policías que le impidieran salir, pues Jairo era amigo de los funcionarios judiciales y se ocupó de que no la molestaran con tonterías.

Pasaron los días. Obeida tuvo por fin un hijo de tamaño normal, que había estado sumergido en un océano de líquido amniótico, y Zaida se hizo novia de un comerciante de ganado. Lurdes seguía con la casa por cárcel, aunque de vez en cuando acompañaba a la mamá a la plaza de mercado. Finalmente Jairo —a quien le había quedado brillante y arrugada la piel alrededor de los ojos y usaba gafas negras grandes, de modo que no se le vieran la cicatrices— logró que levantaran oficialmente la sentencia y cada rato le pedía a Herminio que hablara con los padres, para saber cómo iba todo.

Herminio iba a la casa de Lurdes, tomaba café y pan con el papá y la mamá, hablaba con ellos un rato en la sala y volvía a irse. Lurdes lo veía llegar e irse y no preguntaba nada. Pasaron casi seis meses y Herminio seguía yendo, jueves tras jueves: el mismo pan,

el mismo café con leche, la misma conversación en la sala. La niña estaba bien, le decían. Estaba tomando clases de mecanografía y consideraba la posibilidad de hacerse normalista. ¿Y es que piensa ponerse a trabajar?, preguntaba el abogado, y ellos decían que no, no era eso, no, Herminio, no que ellos supieran. Era porque no le gustaba permanecer ociosa.

Jairo aprendió muy rápido a moverse con bastón por la calle y sin bastón por los amplios corredores de su casa. Los negocios, que ahora manejaba desde un mapa mental, prosperaron como nunca. Y aunque en los campos y veredas seguía corriendo la sangre —a veces ríos, a veces con menos abundancia—, en su casa el horror no se sentía: solo sonaban la lluvia en el solar y, en días de sol, el viento entre los árboles. Se le empezó a afinar el oído y mandó a colgar jaulas grandes en el patio central, para mantener turpiales y sinsontes.

Hasta que un día Herminio, que ese día masticaba el pan con el lado derecho porque se le había caído un empaste grande del izquierdo, vio entrar a Lurdes a la sala y caminar hacia él.

—Dígale a Jairo, por favor, que bueno. Que está bien. Que todavía me caso con él, si quiere. Yo lo cuido.

Herminio no sintió sorpresa ni emoción, pero se distrajo con el pan y sufrió una descarga de dolor que le arrancó una lágrima. Odió a la muchacha morena que lo miraba como a un esclavo, como si ella fuera una puta princesa del Sahara o algo, pero el odio duró lo que duró el dolor, y otra vez asumió sus funciones de abogado.

—Muy bien, señorita Lurdes, yo se lo comunico. Doña Adiela, mil gracias por el café. Don Víctor, buenas tardes.

A Lurdes le brillaban los ojos mientras caminaba hacia el altar con el ramo de flores en las manos. Jairo mantenía la mano derecha sobre el hombro de uno de sus sobrinos. Sentía el perfume de las rosas y también distinguía el de las otras flores. Antes de entrar se había tomado un aguardiente grande y ahora se sentía volar. No había querido casarse con las gafas negras.

Solo veía las sombras y la luz.

Largo es el arte del olvido

Mantiene la fotografía de Elsa en una de las muchas estanterías que hay en el estudio. No está en sitio destacado, pero como es la única foto que hay en el lugar, quienes lo visit r ez primera casi siempre quieren saber quié es ell . unque ya está viejo, saben que no puede ni s ija ni su nieta, pues el corte de pelo y la b usa r n los que usaban las muy jóvenes en la época os hippies, hace mucho tiempo. Es bellísima, dicen, y él responde que sí, que es muy hermosa.

Se casó a los veinte años, uno después de terminar sus estudios de Economía, uno antes de iniciar el posgrado en Matemáticas. Vivía aún en Santiago de Chile. Había conocido a Elsa hacía menos de un mes, pero se habían enamorado y no tenía sentido ponerle plazo a un matrimonio que era ya inevitable. Ella tenía veintiún años. De su familia, él alcanzó a saber muy poco: que la madre vivía en Asunción y que tenía un hermano mayor, militar, a quien Elsa no quería. Eso fue todo. Embebidos el uno con el otro, no habían

el nombre šská, pero no el nombre del hotel. El c ·ón no venía borracho ni demasiado ráp· n parte imprudencia de ella y en parte mala suerte. «Te asombrarías si contaras el número de pequeños errores que uno comete durante las dieciocho horas del día en que actúa y está consciente», dice él. «Y cualquiera de ellos nos puede costar la vida.» En los asuntos personales es claro y conciso y nunca se explaya; en los impersonales, de interés general, es claro también, pero se explaya a veces. Su voz es firme, y si uno no lo viera, si hablara con él por teléfono, podría pensar que es todavía joven.

Los empleados del hotel en Checoslovaquia, que tenía toallas pero no jabones, se mostraron amables, afectuosos incluso, y lo confortaron, le dieron de beber un licor fuertísimo que le quitó el temblor, y llamaron la ambulancia. Como los paramédicos tardaban demasiado en llegar, acostaron a Elsa en uno de los sofás de la antesala del hotel. No presentaba heridas. Los empleados le limpiaron el hilo de sangre que

le manaba de la boca y él observó el hematoma que empezaba a extenderse por la sien.

Finalmente apareció la ambulancia, bullosa, aparatosa. Los paramédicos, que tanto habían tardado en llegar, la subieron como en una carrera contra el tiempo. Él viajó al hospital mirándola, sí, pero sin tomarla de la mano. No había tráfico y como en realidad tampoco había prisa, la sirena y la velocidad parecían doblemente innecesarias por las avenidas vacías. Una farsa, pensó. Y no solo de los paramédicos. ¿Para qué tenía el médico que hablar con tanta solemnidad si de todas formas él no le entendía, si de todas formas, suponiendo que entendiera, nada le podría decir que él no supiera?

Se alojó en un hotel que quedaba cerca de la morgue e inició el procedimiento de la repatriación del cuerpo. Las autoridades eran amables, pero muchos funcionarios intervenían en su asunto y todos parecían complicar los trámites. Un empleado del consulado del Paraguay se apersonó de su caso y le enseñó

a orientarse por el laberinto. También le ayudó a ubicar a la madre de ella en Asunción.

Los trámites resultaron más largos de lo que inicialmente había pensado. Se acumulaban los días, nada se resolvía, y él parecía haberse quedado detenido para siempre en ese hotel, cerca de Elsa, tomando cada mañana, una y otra vez, aquellos desayunos desabridos; mirando cada mañana, sin entender casi nada, aquellos periódicos densos, cuyas escasas fotografías, de dirigentes políticos, de niños sonrientes que recibían a dignatarios extranjeros, le producían algo parecido a la asfixia. Tan largo fue el proceso, que alcanzó a enterarse de las vidas de los empleados del hotel, por señas o por el inglés que ellos conocían. Sin proponérselo, incluso contra su voluntad, supo quién bebía, quién amaba al uno, quién desdeñaba al otro, quién odiaba a su familia política.

Entonces la nieve llegó en abundancia, y la ciudad, de por sí bella, se hizo aún más hermosa. Él pasó las Navidades con la familia del funcionario paraguayo.

La esposa le recordaba a Elsa, aunque era, claro, bastante mayor; y las dos hijas, de nueve y diez años, también se la recordaron. Tenían la misma vivacidad, el mismo cabello negro oscuro, la misma piel trigueña. El funcionario, que se llamaba Carlos María, se emborrachó un poco y se puso muy afectuoso. Era un gran tipo, estuviera borracho o sobrio, y le dio esperanzas de viajar con ella antes del Día de Reyes. Le dijo que en su casa todos lo estimaban y empezó a llamarlo por el diminutivo. Toda la vida, incluso ahora que por la edad se le ha acentuado su manera brusca de hablar, quienes lo conocen acaban tomándole cariño y llamándolo por el diminutivo.

Era muy joven entonces, pero, como tiene más de setenta años cuando cuenta una vez más su historia, quien lo oye termina por verlo, ya viejo, acompañando a seis cuadras de distancia el cuerpo de una mujer que hubiera podido ser su nieta. Es una especie de error de perspectiva, de ilusión óptica. Además se tiende a pensar que incluso en aquellos días en que

llevaba el pelo largo y camisas de diseño inspirado en el LSD, se vería ya que iba a ser una persona demasiado llevada de su parecer, un poco pesimista, escéptica y con tendencia creciente al malhumor.

Llegó el Día de Reyes y su asunto no se resolvía. Había aprendido a orientarse en la ciudad y a manejar el transporte público. Había hecho amigos, además, sin saber ni cómo, por ese don que lo ha acompañado toda la vida, no solo de hacer amistades, sino de hacer amistades que le duran para siempre. Al administrador del hotel, a quien ayudó a practicar el inglés durante todo ese tiempo, le escribe puntualmente una tarjeta postal de Navidad y Año Nuevo. Y a Tobías Gross, de su misma edad y físicamente parecido a él como si fueran hermanos, a quien conoció en un club de ajedrecistas, le envía también cada año una carta con dos o tres palabras soeces en español —idioma del que Tobías tiene algunos rudimentos—, y un problema, por lo general muy espinoso, de ajedrez.

tenido tiempo de hablar de los demás asuntos con detenimiento.

Viajaron de luna de miel a Checoslovaquia. Él siempre había sentido la necesidad de conocer el país del que provenía su familia, pero no había querido viajar solo. De sus parientes allí no quedaba nadie. De la persecución de los nazis solo se habían salvado sus padres, que escaparon a Chile con él aún de brazos, y un tío materno, que emigró a Estados Unidos y murió en Nueva York a edad tan avanzada que él mismo alcanzó la ancianidad y el tío todavía vivía. Los demás fueron asesinados. Su madre murió de tristeza y del corazón poco después de llegar a Chile; su padre, diez años más tarde. De modo que solo un familiar tuvo para darle la noticia, primero de su matrimonio y luego de la muerte de Elsa: el tío de Nueva York, a quien envió una tarjeta postal en cada ocasión. La segunda era una especie de negativo abisal de la primera.

Elsa murió en la acera de un hotel, de manera instantánea, el mismo día de la llegada. Él recuerda

La autorización de viajar lo tomó por sorpresa a comienzos de febrero. Había aprendido algunas frases en checo, empezado a explorar los museos y las bibliotecas, y en cierto modo lamentó tener que partir. Pero de quedarse, ni soñar. Así que fue por Elsa y supervisó los procedimientos de sacarla de la morgue, llevarla en la ambulancia para el aeropuerto y subirla al avión.

Asunción, desde el aire, y quizás por la inevitable comparación con la ciudad que acababa de dejar, parecía fea, pobre, chica. Abajo se distinguían, modestos hasta la ternura, lo que seguramente eran el palacio presidencial, la estación de trenes y un obelisco. El avión volvió a dejar el casco urbano y abajo se vieron naranjales y, más allá, cañaduzales. Apareció otra vez la ciudad y aterrizaron.

La madre, pequeña y de apariencia sufrida y lacrimosa, no se parecía a Elsa. El hermano se presentó vestido de civil, pero se le veía el uniforme por todas partes, en todo se le notaba el gusto por la autoridad y la fuerza. No por nada Elsa lo había detestado.

Los tres presenciaron el trámite de bajarla del avión y llevarla a un salón muy iluminado, recién pintado de blanco, donde la recibieron las autoridades locales. El hermano se hizo cargo. Tras un corto papeleo, las autoridades la entregaron, y el hermano y tres empleados de pompas fúnebres pusieron el cajón en una especie de carrito o camilla con ruedas y empezaron a moverlo hacia la puerta.

La madre caminó detrás.

Cuando Elsa se fue, la sombra de una paloma se dibujó con ruido de alas cerca del techo, en el vidrio esmerilado. Y en el salón lleno de luz, entre un olor tenue a pintura fresca, al fin cayó sobre él, como un derrumbe, aquella soledad que le duraría ya toda la vida, aquel peso en pleno corazón.

El lejano amor de los extraños

Llegó al golfo en la temporada baja, cuando los turistas hacía días se habían ido y el eco de su bulla ya se había apagado. La arena, sin papeles ni botellas, era otra vez luminosa y pura. Alquiló una casa con un corredor largo que miraba al mar, tres cuartos, sala, cocina, comedor, un patio central al que daban los tres cuartos, y varios almendros en el patio.

Lo había decidido el mismo día de la graduación como ingeniero del mayor de sus cinco hijos.

—Me voy —le había dicho a su mujer, al regresar de la ceremonia.

—¿Para dónde te vas?

—Al mar.

—¿Cuándo te vas?

—En tres días.

—¿Volvés o no volvés?

Él sonrió.

—¿Cómo que no vuelvo? Vuelvo —dijo—. El 30 de octubre.

—¿De octubre? Bueno.

Amaba a su mujer y a sus hijos, pero eran demasiado sociables y ruidosos, y cada año, año y medio, alcanzaba un punto de saturación en que ya no aguantaba más la exuberancia y tenía que escapar y descansar algunas semanas. Los hijos se parecían mucho a ella. Hablaban todo el día y gran parte de la noche, ponían música, se peleaban y se reconciliaban, invitaban amigos, hacían bailes, se reían a carcajadas. Su mujer y sus hijos lo querían mucho, a pesar de lo silencioso, pero a ratos él sentía que en aquella casa era una especie de perpetuo invitado de honor.

Cuando llegó al golfo, el mar estaba sin nubes, el aire era transparente. Pasaban los pelícanos en cuña sobre el agua, volaban las garzas sobre los mangles. A su casa se llegaba por una carretera sin pavimentar, paralela a la playa, casi playa, que no tenía mucho tráfico y que el mar a veces inundaba y cubría de arena. Detrás de su casa estaba el manglar. A la derecha, a más de doscientos metros, había una casa moderna, de ventanales grandes, metida entre mangos y tamarindos,

y, a la izquierda, a media cuadra, también en un lote grande con almendros y cocoteros, un rancho de paja al estilo de la región, pero arreglado con todas las comodidades por alguna familia adinerada del interior del país. Lo cuidaba un matrimonio joven que tenía dos niñas de menos de diez años. Ponían música salsa y vallenato en el radio desde muy temprano hasta muy tarde, pero a volumen que no alcanzaba a molestar.

Las primeras semanas fueron maravillosas. De día se bañaba en el mar, recorría las playas vacías, cocinaba, barría y trapeaba los corredores de su casa. A veces iba a conversar un poco con la pareja que cuidaba el rancho vecino. Después de cenar, y para descansar de las lecturas bastante más serias que hacía en Medellín, leía novelas de detectives, bebía aguardiente y seguía las fluctuaciones de la noche y del mar.

Entonces el clima comenzó a cambiar. Día a día las nubes se acumularon y se pusieron cada vez más grises. El aire se adensaba. El calor se hizo húmedo

y pesado, y al final se desencadenó una tormenta que duró tres días y tres noches, con olas de más de dos metros y ventarrones que doblaban los cocoteros hasta casi hacerles tocar la arena con las hojas.

Si en las primeras semanas se había sentido contento, durante los días de tormenta alcanzó la alegría total. Se quedaba en la mecedora en el centro de la sala, dedicado a oír el rugido del mundo, sin pensar en nada, envuelto por el olor del aire saturado de agua. Desde joven había tenido la capacidad de permanecer quieto durante ratos largos, solamente respirando y dejándose atravesar por la luz y por la sombra. Ahora, con el alcohol, sentía que los rayos le tronaban en el corazón y que las ráfagas le nacían del bulbo raquídeo, de la médula.

Al final de los tres días amainaron los vientos y en las nubes negras se formaron boquetes por los que se despeñaba el resplandor del sol. Las olas se fueron calmando hasta apaciguarse del todo y las playas quedaron cubiertas de palos y algas que poco a poco el

mar otra vez se llevaría. Entonces, como si también hubiera sido depositada en la playa por la tormenta, apareció gente en la casa de los tamarindos.

La pareja era de mediana edad y ella estaba embarazada. Los dos hijos tendrían trece y catorce años. La muchacha del servicio era negra y se mantenía de uniforme blanco. La camioneta en que habían llegado era roja, lujosa, de las que él siempre había detestado por lo grandes y aparatosas, y el hombre, de pelo rubio ensortijado, sobrepeso y piel rosada y muy blanca, gustaba de encenderla largos ratos y hacerla rugir para luego desacelerarla, como si escuchara música. «Afiebrado con su chatarra», pensaba él. «Un hijo de papi estancado en la adolescencia. Cuarentón.» A pesar de que la casa quedaba lejos y el sonido del motor no era tan fuerte como el ruido del mar, empezó a irritarse y a perder la paz.

La mujer, pálida y delgada, a veces les hablaba en voz alta a los hijos, y su modulación, el timbre un poco chillón de la voz, hacía que a él casi se le alzaran

como a los perros los vellos del cuello y de la espalda. El marido muy de vez en cuando hablaba también en voz alta y daba órdenes cortantes a los hijos, pero se trataba apenas de un simulacro de mando que la mujer le permitía, pues era alrededor de ella que giraba todo en la familia.

Aparte de eso y del motor, los nuevos vecinos casi no producían ruido.

Antes de salir a caminar, él se aseguraba de que no estuviera ninguno de ellos en la playa. Por fortuna no eran aficionados al mar y se mantenían casi siempre en el interior de la casa. Pero aquello también terminó por molestarlo. «Esta gente recorre setecientos kilómetros hasta el mar, para encerrarse en una casa a jugar solitario o ver televisión», pensaba. Es cierto que a veces los hijos jugaban fútbol en la arena, pero lo hacían sin hablar, sin alegría, y solo se oía la respiración agitada de los jugadores y el sonido profundo del balón.

Una tarde hizo una pila de hojas secas de palma y le puso fuego. Su intención había sido divertirse, por

supuesto, no ahumar a nadie, pero ocurrió que el humo, llevado por el viento, inundó la propiedad vecina, y la mujer vino a quejarse, a ordenar, mejor dicho, que apagara lo que llamó «la fogata». Se produjo el inevitable altercado; la mujer regresó furiosa a su casa y él buscó hojas de palma no demasiado secas para que soltaran mucho humo.

Si antes se habían saludado de lejos y con poca simpatía, a partir de entonces dejaron de relacionarse por completo, y las contadas veces que se cruzaban por la playa era como si allí no hubiera nadie. De esa casa ya él solo saludaba a la muchacha del servicio, que era muy sonriente. Por ella se enteró de que la vecina era autoritaria, cosa que él ya suponía, y supo que se alimentaba casi completamente de papaya y limonada, pues todo lo demás le producía náuseas. El marido era abogado.

Pasaron casi dos semanas. La vecina se ponía cada vez más pálida y más rubia, y su barriga, muy apretada y definida, parecía haberse quedado estacionaria.

Él empezó a dudar de que estuviera realmente embarazada, pero no encontraba el modo de preguntárselo a la muchacha del servicio. «¿Cuánto más se irán a quedar?», pensaba. «Algún día el marido tendrá que volver a su trabajo, que alguno ha de tener, y ella, dar a luz o algo.»

Una mañana se fueron todos en la camioneta, incluida la muchacha del servicio, y él, contra toda cordura, alcanzó a abrigar esperanzas. «Vida triste la mía», dijo, fatigado, cuando los vio regresar por la tarde. La mujer y los hijos entraron a la casa sin hablar y el marido levantó el capó y se puso a mirar funcionar el motor.

Trataba de no pensar en ellos, de no mirar hacia esa casa, y no podía. Por la noche veía apagarse las luces de unos cuartos y encenderse las de otros. «Ahora sí la soledad me está reblandeciendo», pensó. Añoró a su mujer, sintió que había llegado el momento de regresar y decidió quedarse solamente otra semana. Hasta el 30 de octubre, ni pensar. Fue al pueblo

vecino, reservó el pasaje y habló con el taxista que habría de recogerlo y llevarlo al aeropuerto.

Las horas empezaron a hacerse muy largas.

Tres días antes de su partida lo despertaron los ruidos que llegaban de la casa de los tamarindos. Salió al corredor y vio la luna casi llena sobre el mar. La arena brillaba y la cresta de las olas se veía muy nítida y del color de la sal. La bulla aumentó de volumen cuando abrieron la puerta, y el hombre salió con la mujer en brazos, desmayada, seguido por la muchacha del servicio y por los hijos, que gritaban.

Los gritos se apagaron cuando las puertas de la camioneta se cerraron con estrépito. Las farolas alumbraron la playa —a esa hora poblada de cangrejos—, alumbraron la carretera sin pavimentar y las olas coronadas de espuma. La luz y el ruido del motor empezaron a menguar hasta que otra vez quedaron solo la oscuridad y el sonido pausado de las olas.

Al día siguiente no pasó nada.

Dos días después regresó el hombre y, sin mirar hacia ninguna parte ni llorar, pero con un aire de

soledad que se extendía por la playa y por el agua, guardó en la camioneta lo que se tenía que llevar, la hizo rugir un poco por última vez, como un adolescente afligido, y se alejó despacio por la carretera, que la noche anterior el mar había cubierto de arena.

Brillo de la alegría imprevista

Él no iba a reconocer nunca, con palabras, que casarse con Ana había sido la mejor decisión de su vida. Y no porque no lo creyera así, sino porque no le gustaba hablar, ni de sus asuntos personales ni casi de ningún asunto. Era muy callado. Se había casado dos meses después de la muerte de su madre —con quien había vivido los cincuenta y dos años que entonces él tenía— en una ceremonia apropiada para la edad de los novios, esto es, ni demasiado grande ni demasiado sencilla, y durante la ceremonia y la fiesta habló apenas lo necesario para hacerles saber al cura y a todos que sí, que sí aceptaba.

Pasaron la luna de miel en la finca lechera de uno de los hermanos de él, muy arriba en la cordillera, en unas lomas muchas veces cubiertas de neblina, donde todavía no se oían disparos por las noches ni a nadie amenazaban de muerte ni mataban. Como en tierra fría el tiempo pasa tan despacio, llevó libros del Viejo Oeste, la guitarra, aguardiente, cigarrillos y un folio de partituras que pesaba casi dos kilos. Pero no

tuvo muchas oportunidades de dedicarse a Albéniz ni a Rodrigo, ni de leer a Marcial Estefanía y casi ni de fumar, pues Ana no le prestó atención al soplo ni demás trastornos cardiacos que decían que ella tenía, y se dedicó de lleno a la luna de miel.

Más que sorpresa, asombro. Ya de regreso, él habría querido comentarlo con los amigos, hablarles de lo diferentes que son las personas de lo que parecen y pedirles que le ayudaran a entender cómo ella —que había vivido treinta y seis años con el papá, seco y serio como un palo, y con sus hermanas, todas pálidas y delgadas como ella y, según se decía, de mal apetito y también con soplo al corazón—, dónde y cómo había aprendido tantas cosas. ¿Soplo? Ni la taquicardia había sido cierta, pues se habría muerto en alguna de sus maromas de la luna de miel, ni tampoco el mal apetito. ¡Qué tal la manera de desayunar!

Y lo habría comentado con ellos si se hubiera tratado de otra clase de amigos. Pero con esa gente era mejor no arriesgarse. Ya podía oír a alguno preguntar:

—¿Y cuántos soplos se echaron anoche, hombre Orlando?

Y a alguno de los otros agregar:

—Para un matrimonio por interés, esa ya es mucha resopladera.

Así que no les dijo nada. Al imaginar los chistes sonreía, claro, lo cual no quiere decir que habría hecho lo mismo si los hubiera oído de verdad. Al contrario. De solo pensarlo, después de sonreírse, le hervía la sangre, a él, que en sus cincuenta y dos años de vida flemática nunca había logrado entender a los que se ponían frenéticos por el amor de una mujer y demás tonterías.

Volvieron de la luna de miel y ella empezó a guardar toda la ropa y artículos personales de la mamá de él, así como los muebles de la casa, en uno de los cuartos grandes del fondo. Remplazó los muebles por otros modernos, y de moda, lacados de negro y rojo vivo; las mesas de centro nuevas tenían forma de amiba, y todos, el comedor, los tocadores, los aparadores,

las camas y hasta las mesas de noche, tenían patas cónicas terminadas en conitos de bronce.

Derrumbó hasta más allá de los cimientos, arrancó hasta más allá de las raíces lo que había sido el mundo de Orlando.

Él a nada se opuso. El ajetreo de Ana haciendo que sacaran y entraran muebles, que descuajaran las dalias del patio y sembraran azaleas, soltando los pájaros de las jaulas o contratando maestros de obra para que tumbaran unas paredes y levantaran otras le dejaba a Orlando otra vez tiempo para ocuparse en su cuarto de la guitarra y de su atril, así fuera en medio del polvero.

Luciérnagas

Cuando a Jesús, que era escultor, le dieron una beca de seis meses para Florencia, Atilano y él llevaban ya dos años juntos. Le dieron la beca, ofreció una aparatosa fiesta de despedida y, sin dignarse a pedir el consentimiento de nadie, se fue para Italia.

Jesús era varonil, más bajo que Atilano, de cabello castaño claro y ojos color de miel. Atilano era trigueño, de estatura mediana, barba cerrada, ojos muy negros, pelo ensortijado muy negro y dientes blancos y parejos. A pesar de su evidente feminidad, a pesar de la relación con Jesús, sus hermanas negaban siempre que fuera homosexual. Lo negaban incluso con vehemencia y, sin embargo, lo llamaban Niní.

—Cepillate, Niní —le decían—, que mirá que se te va a dañar toda esa dentadura tan bella que tenés.

Atilano había dejado de lavarse los dientes, por despecho, para vengarse de Jesús. Con un rictus amargo y sin mencionar para nada su nombre, respondía que no tenía a nadie para quién cuidarse la dentadura. Si la ingratitud fuera mierda ya nos habríamos ahogado todos, queridas, ¿o no?

—¡Oigan a este, lo expresivo!

La casa de Atilano y las hermanas quedaba en Queens, pero adentro se vivía en Medellín. La mesa del comedor tenía mantel de ganchillo en el centro y frutero con bananos; el Niño Jesús de Praga, en el aparador, tenía veladora y flores.

Atilano, que pintaba óleos y acuarelas de ángeles, se dio a pintarlos con furia y en abundancia. Eran morenos como él, de vello en el pecho como él, ojos grandes, cuerpo más recio que el de él, pelo ensortijado muy negro y sombra de barba. Su técnica era impecable y se vendían a buenos precios. Señoras ricas le compraban; homosexuales ricos, atraídos por el torso de los ángeles, compraban.

También se dio a beber y a los excesos.

—Eavemaría, Niní, usted sí que es. Mire las horas en que está apareciendo aquí todas las noches...

—¿Noches? ¡Las mañanas querrás decir, querida...! —corregía otra de las hermanas.

—Eso. Las mañanas. Y mire lo demacrado que se está poniendo.

Fue muy larga la espera por Jesús, muy dolorosa, y fueron muchos los excesos. Orgías de medianoche en el Central Park, entre los arbustos, en las que nadie sabía con quién ni cómo se acoplaba. Orgías de medianoche en los muelles del Hudson, en contenedores de carga vacíos y cerrados, alquilados para tal propósito, donde nadie sabía con quién o con quiénes se acoplaba ni qué cosas estaban ocurriendo, pues la oscuridad era total y los gritos y murmullos, muchos.

Se iba a cumplir el plazo de seis meses y Jesús no anunciaba su regreso.

Un día llamó por teléfono y las hermanas oyeron que la voz de Niní se ponía cortante y fría, y subía de volumen. Que se quedara lo que le diera la gana, decía Niní, que a él no le importaba. «¿Cómo? Ah, no, eso sí es cosa suya. Si le da la bendita gana de quedarse un año más, ¿qué puedo hacer yo, a ver? ¿Cómo? Ah, no, eso sí no. El que espera desespera, querido. ¿Qué? Y a mí qué me importa. ¿Obra? ¿Obra?», preguntó, sardónico. «Obra todos tenemos, ¿o no? Si te

vas a quedar quedate pero no me vengás con obras ni qué ocho cuartos. No. No. ¿Cómo? No. Ah, bueno. Listo. Listo. Listo. ¿Sabés qué, Jesús? Te voy a colgar. No. No. No. Olvidate. No», dijo, colgó, se puso a llorar y las hermanas le trajeron una infusión aromática para que se calmara.

Si hasta ese momento Atilano había llevado una vida disipada, la que empezó a llevar después del anuncio de Jesús, en opinión de las hermanas, ya no tenía nombre. Cuando alguno de los muchos primos que las visitaban preguntaba si algo le pasaba a Atilano, que estaba tan cambiado, ellas no podían decir la verdad, pues les tocaría mencionar a Jesús y sentían terror de que se supiera que Niní era homosexual.

—Es que trabaja mucho —decían.

Para olvidar a Jesús, Atilano se dio a andar con delincuentes y drogadictos, y a veces llegaba golpeado a la casa y con la ropa rasgada. Y como las hermanas no podían evitar darle sermones, decidió alquilar un apartamento, y solo aparecía en la casa cuando ya estaba sobrio y bañado y se había curado las heridas y arañazos.

Cuando sonreía, aparecía ahora un brillo malsano, un destello de algas.

Las hermanas rogaban por el pronto regreso de Jesús y le encendían veladoras al Niño Jesús de Praga. Una noche tres adolescentes arrastraron a Atilano hasta una banca en el entablado de una playa solitaria de Nueva Jersey, le tumbaron dos dientes con un palo y le quebraron un brazo con un ladrillo. Fue el primer ensayo general de la que, poco después, sería su muerte verdadera. Lo salvó aquella vez una radiopatrulla providencial que llegó con las luces apagadas, haciendo murmurar con su peso el entablado. Uno de los adolescentes dijo a la policía que había sido culpa del mismo Atilano, pues había intentado seducirlos, y que además le olía muy mal la boca.

Aunque se mantenía tan bien vestido y elegante como siempre, cada vez estaba más decrépito y lleno de enfermedades, la mayoría reales, algunas imaginarias. Dejó de pintar. Las hermanas, que hasta entonces habían sido creyentes, pero no rezanderas, entonaban

ahora rosarios por él, ofrecían misas. Cuando al año Jesús por fin llamó a decir que regresaba, en sus corazones apareció una luz de tranquilidad, una felicidad igual en intensidad a lo que habían sufrido.

—¡Es Jesús, Jesús, Jesús, de Italia, que quiere hablar con vos! —gritó una de ellas, y Atilano se contrajo como por una bofetada.

—¿Jesús? ¿Cuál Jesús? ¡Oigan a esta! Yo no conozco a ningún Jesús.

—¿Pues cuál va a ser, Niní, a ver, decime? Pasá ya, dejate de remilgos ¿sí?

—¡Atilano! —dijo, severa, otra de las hermanas.

—Ah, no —dijo él—. Yo no. ¿Por qué yo? Si querés hablá vos con él. Yo no tengo nada que decirle a ese hombre.

Al fin pasó al teléfono y se hizo rogar, lloró, se hizo rogar un poco más y volvió a llorar.

—Le va a valer una millonada la llamada al pobre Jesús —dijeron las hermanas.

«Ajá, ajá», decía Atilano, «ajá. No. ¡Ay, ni sé, ni sé!», decía, y otra vez se ponía a llorar. «Sí, sí, sí.

Bueno, pues. ¿Cuándo? ¿Me promete que…? Bueno, pues. Bueno, pues. ¡Pero ya sabe…!», advirtió. Y dijo sí, sí, sí muchas veces, y por último empezó a reírse y a llorar. «¡Ay, usted siempre es que va a acabar conmigo!», dijo.

Al sentir que el regreso de Jesús se hacía verosímil, el paso del tiempo se hizo para Atilano menos accidentado y pedregoso. Empezó a trasnochar menos, a ser menos promiscuo y a lavarse otra vez los dientes. Visitó al odontólogo, a pesar del terror que le tenía, y se sometió a una limpieza profunda. Le implantaron los dientes que le habían tumbado —y que le tumbarían por segunda y última vez después de que definitivamente faltara Jesús— y le hicieron varios empastes. Le salió mucha basura de la boca. Los ganchos metálicos rasgaron la carne y escupió sarro por montones entre inundaciones de sangre.

Las hermanas se alegraron de verle otra vez la luz en la sonrisa.

—Quedaste de quince, Niní.

—«Donde el río se queda y la luna se va, donde nadie ha llegado ni puede llegar, donde juegan conmigo los besos en flor, tengo un nido de plumas y un canto de amor» —respondió, cantando, Atilano, con su voz ronca.

Aquello fue a principios de la primavera del año 88, que llegó fría y muy lluviosa. Jesús solo volvería de Florencia a finales de junio, pero tanto anticipaba Atilano el regreso a la felicidad, que habló incluso con la dueña de la finca que los dos habían alquilado otras dos veces para la semana del 4 de julio en Susquehanna, Pensilvania, en una región de lecherías y maizales.

La finca tenía riachuelo con puente, estanque con carpas y bosque de alisos en cuyo piso nacían helechos de los que parecía brotar la luz. De día estaba llena de flores; de noche, de luciérnagas.

Pero Jesús no alcanzaría a pasar otra vez por los maizales, ni a contemplar con sus varoniles ojos color de miel las flores ni las carpas, ni a admirarse del verdor de los helechos ni de la aparición de las luciérnagas.

En la ventana del avión de regreso el sol de la tarde dibujó en el horizonte una línea anaranjada que se fue poniendo roja oscura y recordaba las llamas de Bouguereau en el cuadro de *Dante y Virgilio en el infierno*. Jesús pensó en lo mucho que Atilano admiraba al pintor y lo mucho que se parecían sus figuras a las del francés. Fue lo último que vio y pensó de manera serena. Sonó, tranquilizadora, la voz del capitán. Las auxiliares de vuelo, pálidas, dieron indicaciones con voz ahogada, trataron en vano de hacerse oír en medio de los gritos. Vértigo, horror, vértigo, horror, y al final un silencio tan hondo y definitivo como el que existe en el interior de las piedras.

Amalia encendió la televisión mientras Atilano cantaba y se arreglaba en el baño para ir al aeropuerto. Las consternadas hermanas convocaron a una reunión de emergencia y, sin mucho debate, decidieron que Maritza, que era la más fuerte, se lo dijera.

Y ella se lo dijo. Y se lo dijo a su manera, esto es, con infinita compasión, pero sin demasiados preámbulos.

Después de algunos sollozos, Atilano se quedó en total silencio durante las primeras horas, pues se decía que podría haber sobrevivientes. Luego, en la turbulencia que seguiría a la confirmación de la muerte, sus gritos llenaron el comedor, la sala, los cuartos, los rincones, y alcanzaron a salir como búhos por puertas y ventanas.

Entonces se quedó mudo de nuevo, y esta vez por mucho tiempo.

En la sucesión de días oscuros en que, a partir de allí y hasta el final, se convirtió su vida, Atilano olvidó, por supuesto, que alguna vez habían alquilado la casa en Pensilvania.

Pero allá estaba la casa, y el 4 de julio llegó puntual, como ha llegado siempre.

A eso de las tres de la tarde, en el prado, frente a los vidrios de la sala, caminó un castor, que se levantó sobre las patas traseras, miró desde lo alto de su cuerpo y se internó de nuevo, sin prisa, entre los árboles.

Llegó también puntual el atardecer y empezaron a sonar los fuegos artificiales en Susquehanna y otros pueblos.

Aunque ya no estaban ellos dos en este mundo, nada faltaba.

Se encendieron una a una las luciérnagas y comenzaron a llenar de luces el prado, los arbustos, el cielo, la arboleda.

Nostalgia por el mar ya visto

A César Rengifo, médico forense, le empezaron los síntomas de úlcera duodenal a finales del año 55 y se puso más flaco y pálido que nunca. Las tres tías que lo criaron le decían que la enfermedad le había aparecido por la vida desorganizada que llevaba, por andar con malas mujeres, pobrecitas, por beber tanto y comer mal, por solterón. «Casate», le decían. Y como se dejaba un poco largo el pelo y también la barba, entrecana ya a los veintisiete años de edad, su apariencia, especialmente cuando estaba con las gafas negras —que era casi siempre—, además de malsana se había vuelto un poco estrafalaria.

Sus amigos le aconsejaban cambiar de especialidad, poner un consultorio, como le recomendaban las tías, o buscar un puesto en el hospital. Estaban convencidos de que era ese martillar constante de la muerte durante tantos años, ocho horas diarias, siete días a la semana, lo que estaba empezando a minarle la salud. César respondía que lo del consultorio no era muy viable y tampoco lo del hospital, que llevaba tanto

tiempo ocupándose de los muertos que ya ni se acordaba de cómo funcionaban los vivos, y que algún día todo aquello pasaría.

—Todo pasa —decía.

César lo decía sin pensar, como se dicen los lugares comunes, y se le alcanzaba a sentir el toque de desesperanza que ya habían notado en él otras veces. Como si en realidad estuviera diciendo que nada iba a acabarse nunca.

Cuando uno de sus amigos le propuso que pasaran algunos días en la costa del Pacífico, a ver si se recuperaba, César le contó que no conocía el mar. La última oleada de muertes había comenzado cuando estaba en segundo año de Medicina, y como empezó a trabajar desde antes de graduarse, no había tenido tiempo.

A ríos más o menos grandes había ido, dijo, pero nunca al mar.

El joven forense nunca supo qué le había parecido más sobrecogedor, si los aguaceros inhumanos de aquella costa selvática o las marejadas del Pacífico. No tuvo tiempo de averiguarlo. Fue al mar, volvió del mar, y había terminado apenas de sacar las cosas de la mochila, que solo diez días antes era nueva y ahora estaba deteriorada por la humedad y el salitre, cuando lo llamaron para que ayudara a sacar a dos familias vecinas a las que habían asesinado y arrojado a un pozo profundo abandonado, a unos cincuenta metros de una de las casas. No se sorprendió. Sabía que algo así lo estaría esperando y no le dejaría sentir lo fortalecida y purificada que había traído el alma.

En el camino trató de no pensar en lo que muy pronto estaría haciendo. Miró los guayacanes florecidos de amarillo entre los cafetales, los mangos maduros en los árboles, los geranios florecidos en tarros de galletas, que servían de adorno a los pilares de las casas. ¿Quién habría podido adivinar que recorrían el territorio del horror? Vean las cercas tan bien templadas,

pensó, los corredores tan barridos, las nítidas, casi cristalinas huertas de cebollas.

La casa tenía su respectivo corredor y sus geranios, su huerta de cebollas, sus gallos y gallinas que escarbaban en un paraíso que para todos ellos —los humanos, los campesinos que habían descubierto la matanza, los policías que fumaban al lado del pozo con las carabinas al hombro— y sobre todo para él, que tendría que bajar a sacar muerto tras muerto, era el infierno. Pues no lo habían llamado para que supervisara la sacada de los muertos, sino para que, de hecho, los sacara.

Un campesino rubio, fuerte como un pescador de Galilea, se ofreció de voluntario a bajar con él y ayudarle a amarrarlos de las axilas —a los que no les habían cortado los brazos— para que desde arriba, como a muñecos, los alzaran. Era necesario pararse sobre unos para amarrar a otros, pues habían matado a tantos, que cubrían el fondo del pozo unos sobre otros y no había sitio libre dónde poner los pies. El

olor era intenso, pero ya después de tantos años casi se había acostumbrado. Además ¿cómo sentir repugnancia por gente que había tenido la desgracia de morir de esa manera? Los miembros sueltos, las cabezas, los brazos, iban metiéndolos en costales que, una vez llenos, enganchaban a la cuerda, para que de arriba los subieran. La última en elevarse fue una niña de unos diez años, sin cabeza, con vestido de boleros enfangado, que subió despacio, como un globo, mientras el campesino que ayudaba la alumbraba con la linterna.

De regreso, en la camioneta de la policía, bajo un cielo con estratos color de piedra, César recordó el estrépito de los aguaceros de la selva y sintió una punzada, como las de amor, en el estómago. Bebió de la botella de aguardiente que le pasaron y se quedó mirando unas vacas que pastaban debajo de un árbol. No quiso tomar más; ya tendría tiempo de emborracharse por la noche, si quería. Antes de ir a la morgue entró a su casa a recoger los regalos para las tías: dos caracoles que tenían el color y casi el tamaño de sandías, una

estampa de la Virgen, enmarcada en conchas blancas, y un tarro de galletas lleno de dulces de papaya.

Las tías tampoco habían ido nunca al mar ni a la selva y le hicieron muchas preguntas. Cómo era de grande el mar, quisieron saber, cómo sonaba. ¿Viste tigres?, preguntaron. Se sentían felices de que él, siempre parco, esta vez se hubiera acordado de ellas y les hubiera traído tantos regalos. Y como se mostraba tan amable, Livia, la que mandaba entre ellas, se sintió audaz y le dijo: «Oíste, ¿a vos no se te ha ocurrido venirte a vivir otra vez aquí con nosotras? ¿Para qué andar pagando esa casa tan cara y tan grande para uno solo?». «Muy cara y muy grande», dijo Merceditas. «Grande y cara», dijo Albita. «Y además», continuó Livia, que acostumbraba agarrarse el pelo atrás en una moña y se mantenía de chal, pues sufría de frío, «además necesitás comer a horas».

—Y cuando te casés podés vivir aquí con *Ella* —dijo entonces Albita.

Albita era la que más se embebía en la lectura de novelas de amor. Por eso al mencionar la palabra

«esposa» y hasta palabras más sencillas, como «ella» o «él», les daba una resonancia especial.

—¿Cuál ella? —quiso saber el forense.

—Tu *Esposa*, bobito. Tu *Futura Esposa.*

«Vean, pues, en lo que me supe meter», pensó César. «Mañana mismo me vengo a vivir aquí, para perder la chaveta en menos de tres días.» Les dijo, sin embargo, que iba a pensarlo, pero que no hicieran planes ni empezaran a arreglarle el cuarto y cosas así, porque ellas sabían bien que él se había acostumbrado ya a vivir solo. Recibió la bolsa de peras de agua que le dieron y fue al café a buscar a algún amigo, para jugar tal vez una partida de billar. No encontró a ninguno, jugó un rato solo, se tomó un trago y salió para la morgue.

Cuando se agachaba a trabajar sobre sus muertos el médico parecía un gallinazo, sí, pero también un ángel.

Pasada la medianoche llegó a su casa vacía y se dedicó a fumar, a recordar el mar y a esperar el ruido de los pájaros.

La luz en el almendro

El monasterio queda a dos horas de Nueva York, en un valle encajonado por montañas no muy altas y cruzado por un río ancho, pando, pedregoso. Allí él pasó cuatro años de su vida, levantándose a las tres de la mañana, acostándose a las diez de la noche y alimentándose de verduras que le hacían retumbar las tripas en el salón de meditación. Dharma Hall se llamaba el salón. Los nombres se los había aprendido en inglés, pues fue en Nueva York donde se acercó al budismo, y le era difícil pensarlos en español. ¿El Salón de La Vía? ¿El Salón del Gran Orden? Aquello de *Dharma*, claro, tampoco era inglés sino sánscrito, como en sánscrito eran las retahílas rítmicas, sobrecogedoras, inhumanas, que se había aprendido de memoria y que los monjes empezaban a recitar mucho antes de que saliera el sol.

En el monasterio vivió experiencias extraordinarias, no lo negaba, pero nunca nada que no hubiera vivido ya antes. En un tren rumbo a Santa Marta, hacía más de treinta años, iluminado por una botella de

aguardiente, había visto de repente a la luna aparecer sobre las sabanas del Cesar y crear montes, árboles, ganado. «¡Miren lo fácil!», se admiró entonces. Y, diez años atrás, a medianoche, sentado al borde de la piscina de un hotelito de Long Island mientras bebía vodka puro que había estado en el congelador y caía en la copa, espeso como la miel, había visto los insectos que giraban alrededor de los faroles y se formaban, se deshacían y se volvían a formar entre la luz y las tinieblas. Las dos veces, con algo de alcohol pero sin meterse a monasterios, había estado muy cerca de tocar el origen del mundo. En ese sentido, bien podía decirse que aquellos cuatro años de mala comida, cero licor, ninguna mujer y poco sueño habían sido un fracaso.

Los primeros tres fueron intensos por la novedad de la vida que acababa de emprender y la enorme esperanza de lograr disolver de manera permanente la separación que se había producido entre el mundo y su persona, separación que había dado origen a la

soledad, a la soberbia y a todas las miserias; el último fue intenso también, pero por el rápido desgaste de la fe en su capacidad de lograrlo. De repente, y casi sin darse cuenta, comenzó a cansarse de la comida, empezaron a irritarlo los murmullos de pies descalzos por los corredores y a desagradarle incluso los cantos y golpes de maderos y de campanas que al principio lo habían maravillado tanto. Lo hastiaban sus compañeros y hasta sus superiores, por quienes en algún momento había alcanzado a sentir admiración profunda. «Gringos güevones», se sorprendía pensando, mientras oía a los monjes hacerse chistes inofensivos, según él dignos de boy scouts. «¡Tenían que salir con el budismo más insulso que ha aparecido jamás sobre la Tierra!»

Totalmente injusto, él era el primero en reconocerlo. No eran todos estadounidenses, y quienes lo eran estaban lejos de ser idiotas. El abad, su maestro, era filipino y de apellido Fernández, nada menos; el jefe de disciplina, austríaco; y el cocinero principal, la persona más sabia que él había conocido nunca, era nacido y criado en Hartford, Connecticut.

Se trataba de la amargura creciente que se había venido instalando poco a poco en él, como un horrible musgo: la convicción de que no le iba a ser dado alcanzar lo que con tanto ahínco había venido buscando desde hacía tanto tiempo.

Aquello lo mortificaba y lo llevaba a menospreciarse. Cualquier hecho o pensamiento fortuito iniciaba una larga cadena de recriminaciones y burlas. Mírenme a mí, pensaba, ya ni siquiera soy joven y todavía me enorgullezco como un adolescente de atraer a las muchachas. Y era cierto. Que las atrajera y que en las mañanas a veces se mirara la cabeza en un espejito de bolsillo, y, sin siquiera darse cuenta, se viera de perfil para constatar que a él, a diferencia de otros monjes, muchos de ellos de cabeza plana, la rapadura le realzaba la belleza del cráneo. «¡Qué imbécil!», se decía, casi sonrojándose, cuando caía en cuenta de lo que había estado haciendo y pensando. «¡Todavía en estas, a estas alturas de la vida!» Y se consolaba imaginándose que no era el único y que incluso el abad

Fernández parecía consciente del garbo majestuoso con que sabía llevar sus vestiduras al entrar a oficiar los ritos en el Dharma Hall en las mañanas. Y otro de los monjes, un tal Unsho, originalmente Richard o Dick, de California, cantaba un poco más fuerte que los demás, aunque apenas un poco —y solo alguien tan amargado como él podía notarlo—, pues se imaginaba que tenía bella voz, el muy cretino.

Se puso insoportable. Una noche, en una de las pequeñas charlas que sostenía con cada uno de los monjes después de la última sesión de meditación del día, el abad le dijo que había venido notando cierta irascibilidad de parte suya hacia los demás, y que él, el abad, era de la opinión de que en este punto convendría que se diera un descanso de la vida monacal. Quizás así sería capaz de tomar distancia, y era posible que de esa forma le regresara la fe que al parecer —y el abad lo venía notando desde hacía ya algún tiempo— había perdido.

No le quedó más remedio que estar de acuerdo.

incluso ahora, bajo un sol de mediodía tan fuerte que el bombillo parecía apagado—, la casa se veía igual que las demás del vecindario. A cincuenta metros, cercado por unos árboles que se conocen como «matarratones», y tan bien barrido como el barrio, había un cementerio en cuyas bóvedas se achicharraban en los floreros las margaritas y demás flores bajo el sol del trópico.

Abrieron la puerta y vio que adentro había oscuridad, frescura. Era como si allí estuviera, y además bien asentada, la presencia del Dai Bosatsu Zendo Kongo-ji, de las montañas Catskill, a tres horas de Manhattan. Recordar su monasterio, recordar la frescura de los salones mientras afuera ardía con todos sus insectos el verano, le hizo sentir un intenso apego por las formas del mundo. A la señora que le abrió se le veían las tiras del sostén bajo la camisa mal acomodada. Cuando lo vio, empezó a componérselas y a arreglarse el pelo.

—Bien pueda siga. Arréglense niñas, que llegó el Arcángel San Gabriel.

Las muchachas, que a esa hora eran solo dos, no necesitaban arreglarse demasiado. Por el olor de jabón y agua fría que llenaba la sala; por los cabellos, lacios los de una, los de la otra muy rizados, que brillaban en la penumbra, resultaba claro que acababan de ducharse. Y lo de niñas no estaba lejos de la verdad: la de pelo lacio y cara redonda tendría poco más de diecisiete años; la otra, si acaso veinte. El sol, con su luz teñida por el verdor de un almendro, alumbraba como loco en la puerta que daba al patio, pero no avanzaba hacia el interior de la casa, se quedaba allí.

—¿Qué va a tomar? ¿Usted habla español? —preguntó la de pelo lacio y corto. Su piel era casi dorada; los ojos, color ámbar, eran oblicuos como los de las asiáticas, aunque grandes, y de escleróticas muy blancas que aún no habían empezado a ensuciar las largas noches de alcohol y nicotina. La voz, suave y llena, tenía un toque lejano de ronquera.

Como él se limitaba a sonreírle, preguntó:

—¿Hablar… español…?

Él le pidió por señas que se acercara y le dijo «uno poquito», muy hondo en el oído. No era la primera vez que lo tomaban por extranjero. Además era evidente que la ropa, desde la gorra que le protegía del sol la cabeza rapada hasta los zapatos, que había comprado hacía tres días en Kmart, era de otro país. La muchacha se dio cuenta de que le estaban tomando el pelo, y se sintió halagada. La voz de él le había llegado al fondo del oído, se le había regado por los huesos y vuelto a salir por la piel. Sintió el escalofrío en la parte posterior de la nuca y en la espalda. Cruzó las piernas y dejó las manos en el regazo, para que le oprimieran suavemente el pubis.

—¿Cómo te llamás? —preguntó él.

—Adivine.

Intentó adivinar varias veces, sin lograrlo, y ella se lo dijo. Lucero se llamaba. Era su nombre real, no tenía nombre de batalla. Lucero qué, preguntó él. Lucero sola, dijo ella, ¿para qué quiere saber, a ver?

—Los dejo, niños —dijo la de cabello rizado y espaldas esbeltas y anchas—. Ya vi que se van a entender entre ustedes. Adiós, don Gabriel, papito.

Él habría querido seguir tomándose con calma la botella en aquella bruma fresca, seguir oyendo boleros, pero cada vez se besaban más y percibían menos lo que ocurría a su alrededor. Pasó un muchacho con una jarra de leche rumbo a la cocina, contoneándose, y ellos no lo vieron. Llevados por la corriente del deseo, se separaron poco a poco de la calma en que habían logrado mantenerse y se vieron arrastrados cada vez con menos lentitud hacia una región ancha, honda y alta, llena de agua, espuma y luz. Lucero se dejó llevar. Se moría por la belleza de los ojos de él, por sus nalgas pequeñas y firmes. A su amiga le contaría después con todos los detalles lo que le había ocurrido esa tarde:

—Hombres como él… Mejor dicho… ¡Ave María!

Tomaron la botella y caminaron hacia el cuarto. Ella lo abrazaba por la cintura, él le pasaba el brazo

por los hombros desnudos. La cabeza de Lucero llegaba a la altura del pecho de él, que se mecía un poco hacia atrás y hacia adelante, como un árbol, por la borrachera. La mesa de noche no tenía jarra con agua, tampoco rollo de papel higiénico ni nada que indicara el sitio en el que estaban. En las paredes no había nada. Acostado boca arriba, él dejó que Lucero lo envolviera por completo, como el agua. Y, ya dentro de ella, miró hacia la ventana, que daba al patio y estaba abierta, y vio la cortina de tela transparente que se llenaba y vaciaba con el aire, por fin, entre la luz.

Miel

Néstor encendió la televisión en el momento en que dos soldados sacaban un cadáver carbonizado del edificio, lo arrojaban sin ceremonias a la calle, para que lo recogieran las ambulancias, y entraban por más. Néstor se quedó sentado frente al aparato, mirando las llamas, los tanques, los soldados. Se encerró entonces en el baño y Matilde se acercó a la puerta y lo oyó vomitar, lavarse la boca y ponerse a llorar.

Diez minutos después salió del baño, y Matilde, ya en la sala, le dijo sin mirarlo que regresaría para el almuerzo. Tan embebido estaba él con las llamas, tan aturdido estaba, que no le pareció raro que ella no le comentara nada de lo que estaba ocurriendo. Vivían lejos del centro de la ciudad, pero, de haberse asomado por las ventanas del segundo piso, habrían alcanzado a ver el humo que subía hacia un cielo gris, los helicópteros.

Matilde regresó en el momento en que Néstor colgaba el teléfono. Al parecer le habían confirmado la muerte de Rebeca, pues corrió otra vez al baño y se

quedó allí mucho tiempo. El olor del bagre en salsa que preparaba Nela se sentía por todas partes. Matilde hablaba por teléfono, se ocupaba de sus propias cosas y no preguntaba nada, pero Néstor ni cuenta se daba.

Llamaron a la mesa, y él, sentado frente al televisor, contestó que no iba a almorzar. Nela preguntó que si era que el doctor estaba enfermo y Matilde dijo algo que él no alcanzó a oír. Néstor era abogado. Ni muy alto ni muy bajo, delgado, de bigote bien recortado, vestido siempre de paño, amable, culto, cívico. Ese día se había quedado en piyama y levantadora, y tenía los ojos enrojecidos. Rebeca, su amante, había sido delgada en su juventud, bonita a su manera y brillante abogada. Magistrada de la Corte Suprema de Justicia, cuyo edificio ahora estaba en llamas.

Sus relaciones duraron veintidós años. Se acostaban en la casa de Lía, que era hermana de Rebeca y alguna vez había sido amiga de Matilde. Rebeca se murió sin saber que Matilde, aunque había decidido hacerse la desentendida, siempre había estado enterada

de sus relaciones con Néstor. Durante esos años él y Rebeca almorzaron juntos casi todos los días, en restaurantes que quedaban cerca de sus despachos profesionales, y por prudencia, pues también ella era casada, se acostaban una o dos veces al mes, si acaso.

Aunque a Rebeca con los años la piel se le marchitó más que la suya, Matilde supone que para Néstor seguiría siendo tan bella como siempre. Y las nalgas, que se le explayaron tanto a pesar de las dietas y gimnasias, para él serían igual de atractivas. Después de tanto tiempo, piensa Matilde, llegarían a la casa de Lía, enmelados todavía de amor a esas edades, par de ridículos, Rebeca con los senos y las nalgas por el piso, Néstor con la piel casi azul de lo blanca y las tetillas también fláccidas, y con toda seguridad se lamían en el cuarto, hacían ruidos. Pobre Lía.

La televisión no dejaba de pasar las imágenes. A los locutores se les quebraba la voz ante el horror. A Néstor se le veía venir la angustia como los cólicos, alcanzar el clímax y relajarse un poco, como para no

matarlo. «Es para ti», dijo Matilde, y le entregó el teléfono. Era Lía, justamente. Matilde no cree que Lía le haya dicho «valor», ni «tienes que ser fuerte», pues ella no dice esas cosas. Matilde no puede imaginarse, en realidad, qué le haya dicho.

Nela venía cada rato a ver la televisión y hacía comentarios a los que Matilde no respondía. Néstor tenía los ojos hinchados y no se daba cuenta de que las dos mujeres lo miraban cada vez que entraba al baño.

Por la noche Matilde se acercó a la puerta y dijo:

—Puedes llorar en la sala, si te apetece, Néstor. Ya sé que se te carbonizó la zorra esa con la que te acostabas. Y mucho que me alegro, ¿sabes?

Olor de chocolate batido. Sonido del molinillo. Helicópteros.

Cuarto menguante

Hace algunos años dos jóvenes se dieron cuenta de que nunca podrían vivir juntos y decidieron matarse. Salieron el atardecer de un lunes para un hotel frente al mar, no lejos de Santa Marta, y pidieron la cabaña grande de atrás, la que daba a los jardines. Llegó la noche. Hicieron el amor, conectaron la manguera al tubo de escape del auto, la entraron por la ventana y se acostaron a oír el mar, que sonaba a pocos metros, iluminado por la luna.

Los dos se quedaron dormidos bajo el efecto del monóxido de carbono, pero mientras Tamaris ya no volvió a despertar, él lo hizo en el hospital. El administrador del hotel, en su recorrido de las doce de la noche, vio lo que estaba pasando y alcanzó a salvarlo.

Sus padres vinieron por él, de Medellín.

Pasaron los años. Felipe superó la afición juvenil por los amores imposibles y los gestos suicidas, terminó la carrera de derecho y se dedicó con pasión a la política. Ocupó varios cargos de importancia. Durante mucho tiempo fue presidente del directorio de-

partamental de su partido, y se retiró de las contiendas políticas a los sesenta y cinco años de edad —respetado por amigos y enemigos, pues era de natural muy amable y sensato— para dedicarse a la familia y a sus propiedades.

A los setenta y dos años comenzó a sufrir olvidos que preocuparon a su mujer y al resto de la familia. Cierta vez dejó el automóvil estacionado en la calle y cuando volvió no pudo abrirlo. Regresó a su casa en taxi, fue con uno de sus hijos a la calle donde creía haberlo dejado y se dieron cuenta de que había estado tratando de abrir un automóvil ajeno. Era blanco también, pero ni siquiera de la misma marca que el suyo, que estaba a dos cuadras de distancia. Con la pérdida de la memoria le llegaron las depresiones, cierto malhumor infantil y el gusto por el lenguaje soez, que, por venir de alguien como él, asombraba y ofendía bastante a Olga, su mujer, aunque divertía a hijos y nietos.

—¡Y preciso su papá, que siempre fue tan pulcro!

Se le empezaron a caer las cosas de las manos y tumbaba cuanto tocaba en las repisas y alacenas. «Yo

no sé lo que le pasa, que le dio por hacer daños», decía Olga. Y Felipe, como si hubiera regresado a la adolescencia, se besaba los dedos cruzados y juraba por esta Cruz Bendita que quien estaba rompiendo todo no era él. «Pero si yo misma he visto, Felipe, cuando soltás las cosas de las manos. ¿O no es verdad?», decía Olga, que, sin embargo, no quería saber nada de demencias seniles ni demás enredos de los médicos.

También por las noches empezaron a quebrarse los objetos. Aquello siempre ocurría cuando él venía de regreso del baño, de modo que a ella la despertaba el estruendo y después lo veía llegar, desconcertado, como si tampoco él supiera lo que estaba pasando. Una vez regresó sin que nada se cayera, volvió a dormirse, se despertó de repente y prendió un cigarrillo. Su mujer lo miró un rato desde la almohada y le preguntó que si estaba desvelado.

—No te metás en lo que no te importa. Callate más bien, ¿sí?, que no me dejás oír, vieja pedorra —respondió, y ella quedó tan asombrada que ni siquiera alcanzó a enojarse.

Resplandor de los ramos

Fabio conoció a Claudia en uno de los partidos del campeonato nacional y supo que era la mujer de su vida. A su hermano, ingeniero químico como él, le habían regalado las entradas, y fueron al juego porque no tenían nada mejor para hacer, pues ninguno de los dos era aficionado al tenis. El hermano se olvidó pronto del asunto, pero Fabio siguió asistiendo a los partidos. Durante mucho tiempo se limitó a mirarla desde las tribunas, y a veces se quedaba de pie aplaudiendo cuando ya todos habían dejado de hacerlo.

Las flores que empezó a entregarle al final de los partidos no eran ostentosas, ni mucho menos, diez rosas rojas o un ramo de claveles, que ella recibía con un casi imperceptible gesto de desdén. Desde el primer ramo había sido muy claro para ella que él no era su tipo. Nariz demasiado grande, ojos casi anormales de lo grandes, y armazón estrecha, nada atlética. Fabio había jugado fútbol durante el bachillerato, algo de ajedrez en una época, y ahora vivía este súbito apasionamiento por verla jugar tenis. Tal era su historial deportivo.

Al tercer o cuarto ramo ella le dijo que no le llevara más, por favor, ¿sabés qué?, en realidad no es que me interese mucho tu admiración. Pero él se había trazado el rumbo y lo seguía sin desviarse. Se abstuvo de llevarle flores en dos partidos y, al siguiente, cuando ella empezaba a pensar que tal vez se había librado de él, allí estaba, en los vestuarios, todo peinado, metiéndole en los ojos un odioso ramo de claveles.

Lo que más le interesaba a ella en la vida era el tenis. «Para mí lo primero es el tenis, lo segundo es el tenis y lo tercero es el tenis», decía en las entrevistas. Y las cartas y llamadas que empezó a recibir le perjudicaban la concentración. De las cartas solo leyó la primera, en la cual Fabio decía estar cien por ciento seguro de que iba a llegar el momento en que ella entendería que estaba escrito que fueran marido y mujer. De allí en adelante Claudia se las entregó a su entrenador sin leerlas, habría preferido tirarlas a la basura, pero el entrenador habló con el abogado y los dos estuvieron de acuerdo en que era mejor guardarlas.

En cuanto a las llamadas, el abogado se puso en contacto con Fabio y le dijo que si volvían a ocurrir lo demandarían.

Las llamadas cesaron durante un mes largo y luego volvieron a producirse, no con la misma frecuencia, pero sí con cierta regularidad: Fabio quería hacer acto de presencia y manifestarle que todavía estaba allí, firme, dispuesto a cumplir su promesa. Ella a veces le oía un poco, como hipnotizada, y después le decía «¿cuál promesa me hizo? ¿Usted es que es imbécil o qué?, no me moleste más, idiota», o le colgaba sin más. Dejaba de llamar durante un mes, mes y medio, hasta que un día cualquiera ella, distraída, contestaba el teléfono y volvía a oír su voz, que se le había hecho repugnante.

Pasaba malas noches, se mantenía de mal humor, bajaba la calidad de su juego. Se discutió el asunto en la familia, pero no lograban encontrarle solución. No podían hacer encarcelar a Fabio porque telefoneara cada mes, mes y medio, ni por plantarse en las tribunas

con ramos de flores que ya nunca tenía la oportunidad de entregar, ni por escribir cartas, nada amenazantes, que solo contenían consejos técnicos para mejorar el juego, siempre disparatados, y planes de vida que incluían la elección de colegios y universidades para los hijos futuros.

En una de esas reuniones familiares la hermana mayor dijo:

—¿Por qué no le comentamos el asunto a Mario? Yo no digo para que le haga nada ni nada, sino para que hable con él nada más, Claudia. Tal vez así pare de molestar.

Ella al principio se mostró aterrada.

—¡Mario! —respondió—. ¿Vos es que estás loca? ¿Cómo se te ocurre? ¡Nada más nos faltaba meterlo a él en este enredo!

Y aunque, llevada por la desesperación, más tarde cambiaría de idea, razones no le faltaban para mostrarse alarmada. Mario, hijo de un tío materno de Claudia que había sido gobernador del departamento,

le había traído más de un problema y más de una vergüenza a la familia, no solo por su afición a moverse por fuera de la ley, sino porque era francamente malvado. Hacer el mal era su vicio. Había violado, matado, torturado, y todo el mundo sabía que las conexiones familiares lo sacaban siempre de la cárcel.

Mientras tanto Fabio seguía llamando y escribiendo cartas. En varias ocasiones ella creyó verlo en la calle, entre la multitud, siguiéndola. Reconocer la posibilidad de que se tratara de un error o una coincidencia no la tranquilizó demasiado. Y el día que con toda certeza lo vio, sufrió una crisis nerviosa en plena calle y entró a la casa, desconsolada, a vomitar. La imagen de Fabio era lo primero que le venía a la cabeza al despertar; entonces se escondía entre las cobijas y se ponía a llorar. Acordaron al fin hablar con el primo.

A Mario el asunto le pareció gracioso.

—Ese hijo de perra siempre es que está muy enamorado, ¿no? —dijo—. Deben de ser esas falditas corticas que te ponés para jugar.

—¿Cómo así, Mario?

Él se dio cuenta de que había metido la pata, pero ya no había vuelta atrás y terminó por contarle, sin demasiados detalles, lo ocurrido.

—Eso fue, digamos, un accidente —resumió.

El juego de Claudia decayó mucho. Empezó a ver el ramo de flores en las graderías y al final decidió abandonar el tenis para siempre. El entrenador le dijo que no, cómo se le ocurre, fíjese que eso es completamente imposible, Claudita, el que se fue se fue, pero ella insistía en que estaba segura de haberlo visto con el ramo, todo narizón, en las tribunas.

—Coma, Claudia, que se va a enfermar —le rogó hasta el final la mamá, tan preocupada por lo que estaba pasando que hasta se lo mencionó al padre Arango, jesuita, su consejero espiritual, quien le dijo lo que tanto gustan de decir los curas, unas veces con unas palabras y otras con otras, esto es, que ningún mal dura cien años y que el tiempo sana todas las heridas.

No estaba equivocado el padre Arango. Fabio había sido siempre un creyente convencido —y en

eso el tiempo le daría la razón— de que la persistencia en el amor termina siempre por unir a aquellos que nacieron para atravesar la eternidad en compañía mutua.

Flor de azalea

Como espuma
que inerte lleva el caudaloso río,
flor de azalea,
la vida en su avalancha te arrastró.

Flor de azalea, MANUEL ESPERÓN

Beatriz conoció al hombre más bello del mundo en Cartagena, en una fiesta a la que había asistido con Demetrio, que era entonces su marido. Allí Demetrio, bebido como siempre, había hablado de cuanto tema se le había ocurrido y nadie en realidad lo había escuchado.

—¿En qué quedaría, cuál sería el encanto de la caligrafía sin el temblor de la mano? —decía, y algunos lo miraban en silencio.

Del amor que Beatriz había sentido por él no quedaba casi nada. Lo respetaba y admiraba todavía, como todo el mundo, pero también empezaba a sufrir dificultades cada vez mayores para prestar atención a lo que decía. En la fiesta, Demetrio habló de los accidentes que embellecen las obras de arte —defectos, torpezas si se quería, y que eran como si Dios interviniera y diera el toque infinito a la pintura, a la cerámica— mientras ella admiraba los ojos claros de Nicolás, su piel como dorada y sus hombros esbeltos, y sonreía.

Beatriz había conocido muchas veces al hombre más bello del mundo. Cada uno de sus maridos o

compañeros, que a sus cincuenta años de edad eran ya muchos, en algún momento lo habían sido. Incluso Demetrio fue el hombre más bello del mundo, pero en su caso la gente no había podido evitar sonreír.

—Bueno, aquí sí estás exagerando un poquito, me parece —le decían.

Muy pronto estuvo sentada junto a Nicolás en uno de los sofás y se enteró de que estaba casado, recién casado, felizmente casado, y que tenía la afición de la música. Nicolás le señaló a una muchacha morena que bailaba: su mujer. Hubo un silencio. Beatriz le contó que era aficionada al piano. Él dijo que era compositor en sus ratos libres y tocaba la guitarra y los timbales.

—Porque el tiempo es una ilusión —decía ahora Demetrio—. En lo que llaman la Creación, es decir, en la Mismidad del mundo, en realidad solo ha habido un día y una noche. Y son simultáneos y son su espejo y su reverso mutuo —agregó con su fraseo rítmico, pero con voz que ya el alcohol hacía gangosa

y monótona, mientras la noche de Cartagena entraba con todas sus luces por los ventanales y parecía darle la razón.

Como la mujer de Nicolás era casi una niña y él estaba muy enamorado, Beatriz decidió no dormir con él esa noche. Prefirió esperarlo y la espera duró casi dos años.

—El tiempo no existe —dijo Demetrio—. Solo hay la luz y la oscuridad.

Volvieron a verse en una fiesta en Bogotá. Beatriz, ya separada de Demetrio, estaba saliendo con un pianista de pocas palabras y mucho talento, que cuando se emborrachaba se sentaba al piano aunque nadie se lo hubiera pedido, y si no había piano ni algún otro instrumento, tocaba por ahí, en alguna mesa o en el aire. Aquella vez dejó de tocar y se quedó dormido en una silla. Ya todo el mundo estaba borracho. Nicolás y Beatriz entraron a uno de los cuartos y se acostaron a dormir, tomados de la mano.

Nicolás había dejado el trabajo para dedicarse a la música, y vivía de su mujer, que manejaba un

jardín infantil en Cartagena. Aunque había empezado a consumir alcohol y cocaína en abundancia, era aún muy joven y las toxinas no le opacaban todavía la belleza. Seguía enamorado de su mujer, pero ella, cansada de alimentarlo y tener que aguantarse todos los días a sus amigos borrachos o drogados —todos ellos músicos, además, y algunos muy bullosos—, terminó por echarlo de la casa y se dispuso a criar a los dos hijos ella sola. Cuando Nicolás le pedía plata le daba algunos pesos, no muchos, pues sabía que se los gastaría en alcohol y demás vicios. Por esos días un grupo musical conocido grabó una de sus composiciones, que sonó durante algún tiempo en las discotecas y emisoras de todo el país.

Se fue a vivir a Bogotá. Alquiló con tres músicos un apartamento en el centro de la ciudad, donde mantenían vasos y platos en el lavaplatos y los lavaban a medida que se necesitaban o los usaban sin lavarlos si consideraban que no estaban demasiado sucios. Los éxitos como compositor —aunque modestos si

se miraban con la debida perspectiva— y el exceso de cocaína lo convencían de su enorme talento. Y Beatriz, aunque siempre había sido estricta en asuntos de música, ayudaba también a convencerlo, pues, cada vez más enamorada, empezaba a no oír las pequeñas desafinaciones ni a prestarle atención a la ingenuidad de algunas de las composiciones que más lo enorgullecían. Para halagarlo y enamorarlo le decía que era genial, aunque le advertía que debía estudiar con disciplina y mostrar más rigor artístico, ya que aún le quedaba mucho por aprender. Y también lo mantenía, pues lo que él ganaba como músico no le habría alcanzado para seguir un tren de vida que los vicios hacían muy costoso.

Los siguientes dos años fueron felices y muy intensos. Beatriz gozaba de salud de hierro y se unió al tren de vicios sin que le hicieran mella. Las largas noches de cocaína y aguardiente eran maravillosas, y en las improvisaciones musicales en que participaban, él con guitarra, los amigos con trompetas y congas,

y ella al piano, se alcanzaban instantes de inmenso brillo. Todo el brillo, así fuera tan fugaz como en este caso, que un puñado de primates es capaz de sacarle a un grupo de artefactos construidos en madera, metal, cuero, alambres y resinas.

Aunque no le extrañó que todo el mundo desde el comienzo de su relación empezara a opinar sobre Nicolás —pues Beatriz era persona de puertas abiertas y sus relaciones sentimentales, a veces espectaculares, habían estado siempre a disposición de quien quisiera comentarlas—, sí le llamó la atención la intensidad de algunas opiniones.

Aparte de sus tres hijas, nadie la criticó porque lo estuviera sosteniendo. Al fin y al cabo no era el primer hombre al que sostenía. «Si quiero mantener a un tipo, lo mantengo y punto. Y lo hago porque me da la real gana y no tengo que rendirle cuentas a nadie, mucho menos a mis hijas, que son casi treintonas y viven a costillas mías.» Y al afirmar que prefería sostener a sus hombres a que ellos la sostuvieran, pues

le gustaba tenerlos bien agarrados de las bolas, se evidenciaba la mezcla de belleza física, delicadeza maternal y lenguaje fuerte que explicaba la instantánea admiración que causaba entre los hombres.

Los amigos de Beatriz empezaron a quejarse de que no era posible mantener ni cinco minutos de conversación sin que él encontrara la manera de que ella, como esas madres que enseñan a los hijos a atosigar a las visitas con bailes o poemas, le pidiera que interpretara alguna de sus composiciones.

—¡Lo que es el amor! —decían.

Si no les agradaba la persona de Nicolás, por vividor y porque abusaba de su propia belleza y simpatía, su música les gustaba todavía menos. La primera vez que oían las canciones, consideraban que eran simpáticas y hasta interesantes; a la cuarta o quinta vez empezaban a sentir repugnancia; a la novena o décima, desesperación.

—Francamente que la música de tu Nicolás es una mierda —le decían a veces.

La sinceridad de sus amigos le causaba risa. La risa de Beatriz era franca y fuerte. Respondía que estaba de acuerdo en que Nicolás no era un virtuoso, pero que aquellos que sí sabían oír podían darse cuenta de que allí había un compositor de primer orden.

Nicolás viajaba por todo el país con el grupo que formó con sus amigos. Tocaban en matrimonios, en fiestas de juntas de acción comunal, tocaban en municipios remotos, y lo hacían sin ánimo de lucro, nada más por el placer de viajar, alegrar a la gente y beber el aguardiente que les daban.

Grabaron un disco de muestra, que no lograron vender a ninguna casa disquera. Él se dio a fumar bazuco y Beatriz a veces lo acompañaba. Nicolás empezó a perder el pelo y el brillo de los ojos. A veces dejaba de bañarse dos o tres días, pero eso a ella poco le importaba, ni tampoco que perdiera el pelo o el brillo de los ojos. A estas alturas bien hubiera podido perder los ojos mismos o contraer la lepra, y el amor de ella habría seguido igual. Era el hombre al que más había amado en la vida, decía.

El consumo de aguardiente y cocaína aumentaba a medida que aumentaban los fracasos artísticos. Tanto se emborrachaban y drogaban a veces los del grupo, que los echaban de las fiestas de las juntas de acción comunal o de los festivales de las parroquias. Y a ella la echaban con ellos, y ella cargaba, la más sobria, los instrumentos en la camioneta: su piano, en el que antes de dedicarse a la música tropical había tocado con calidad casi profesional piezas de Stravinski o de Satie; las congas, que no se sabía de quién eran, pues el músico que había sido su dueño original había desaparecido sin dejar rastro; y la guitarra de él, siempre distinta, porque ahora se le quedaban las guitarras en los taxis, o se las robaban cuando se dormía en algún lote vacío, o las empeñaba.

Beatriz dejó el trabajo. En la casa había música las veinticuatro horas, colillas por todas partes, bruma de cigarrillo. De la cocina los alimentos desaparecían tan pronto llegaban. Las hijas protestaban y Beatriz les decía que, si les parecía mejor, podían

irse, que ella las quería mucho y prefería que se quedaran, pero que si le iban a criticar su vida íntima, lo mejor sería que buscaran casa, para que estuvieran más tranquilas. Y los amigos más antiguos solo aparecían después de las doce del día, cuando había alguna posibilidad de que los músicos hubieran decidido dormir siesta antes de seguir bebiendo, y de que ella hubiera vaciado ceniceros y abierto ventanas y tuviera alguna tranquilidad para hablar con ellos.

También la piel de Beatriz empezó a apergaminarse. La estadía de casi dos meses en casa de una hermana suya que vivía en Lyon le ayudó a descansar de tanto amor y tantos excesos. Regresó con la piel como nueva, más bella que nunca, y con un deseo infinito por él, deseo que desde el aeropuerto de Lyon empezó a acometerle a ramalazos el vientre, y un deseo igual de infinito por un poco de aguardiente y cocaína. Lo amó otra vez como loca, se lanzó al vicio con avidez casi peor que la de él y muy pronto tuvo otra vez ojeras azules y la piel marchita.

El grupo musical se deshizo. La guitarra de Nicolás estaba rajada y sonaba a hojalata. A veces él desaparecía una semana o más, regresaba todo aporreado y fétido, se echaba a dormir en la cama de ella sin bañarse y se quedaba allí dos o tres días, casi inmóvil. Beatriz abría las ventanas, pero el olor permanecía. Las hijas protestaban.

—Revise, mamá, si no fue que se murió y se está pudriendo. Cierre esa puerta, por favor, que usted nos va a matar con esa pestilencia.

Tres días después, cuando calculaba que él iba a despertarse, Beatriz alistaba la tina y las toallas, y lo bañaba y lo afeitaba y le ponía lociones, hasta dejarlo otra vez todo bello y perfumado, si bien algo huesudo y reseco, y le preparaba caldo de costilla —ella misma, no la muchacha del servicio— y papas y huevos, y le daba pan y queso y mantequilla, y le dejaba en el baño el cepillo de dientes con la crema puesta y se acostaba otra vez con él a reírse, a sentirlo dentro de ella y ser feliz.

Pero las ausencias de Nicolás cada vez duraban más y cada vez regresaba más flaco y maloliente. Hasta que desapareció diez días seguidos y ella salió a buscarlo.

Lo encontró en un fumadero de bazuco en las estribaciones de los Cerros Orientales. Era una casa de ladrillo, grande y casi en ruinas, donde lo único que se hacía era fumar. Una docena de personas pasaban las veinticuatro horas del día fumando o pensando en la manera de conseguir algo de dinero para seguir fumando. Poco o nada se comía. El olor era muy fuerte. En los rincones respiraban los bultos de las personas que, después de tres o cuatro días de droga y alcohol, habían caído agotadas a dormir su noche de setenta y dos horas, de la que se levantarían para seguir fumando. Algunos, como si fueran de otra especie animal, tenían los labios muy hinchados y colorados por el efecto de la droga. Y todo producía la sensación de leprocomio.

Beatriz empezó a llevarles comida y a poner un mínimo de orden y limpieza en la casa. Y también a

fumar, claro, porque le gustaba y, sobre todo, porque no la habrían dejado quedarse allí de otra manera. «Llegó la madre Teresa», decía alguno, y ella respondía que madre Teresa sería tu abuela. Y se mantenía atenta al momento en que iba a poder sacar a Nicolás de aquel lugar, para que fuera a dormir unos días a su casa y así, cuando estuviera sobrio, trataría de convencerlo de que se internara en una clínica de rehabilitación para salvarle la vida.

Nicolás jamás se internó en una clínica de rehabilitación. Desapareció tres meses y Beatriz nunca logró saber a dónde había ido. Unos decían que estaba en Cartagena, otros que en el Amazonas. Beatriz viajó a Cartagena y lo buscó en vano, y estuvo a punto de viajar al Amazonas, pero los amigos la convencieron de que era una locura. Empezó a odiarlo. Se inscribió en un programa de desintoxicación que incluía gimnasio y lavado de colon. «Lo llaman colónico, al tal lavado, y te embuten un tanque de agua del tamaño de una pecera grande en las tripas. Peor que eso, un

parto.» Y dejó de beber y de fumar bazuco, por supuesto. Por un tiempo incluso fue vegetariana. Reverdeció y empezó a salir con un profesor de Filosofía que había sido compañero de Demetrio en la universidad.

Una noche, casi un año después de la desaparición de Nicolás, Beatriz estaba en una fiesta en Bogotá. También estaba allí Demetrio, por supuesto, que se la pasaba siempre hablando y dando vueltas alrededor de su vida como una chapola. Entonces entró Nicolás y a ella el corazón le dio un vuelco.

Parecía recién bañado y tenía ropa limpia, pero le faltaban dientes, el pelo se le veía reseco y le colgaba como en hilachas, y estaba flaquísimo. De inmediato Beatriz reconoció lo mucho que aún lo amaba. Y no se acostó con él esa misma noche porque había ido a la fiesta con el profesor de Filosofía y no quería ofenderlo. Pero dos días después estaba en la cama con Nicolás, quien desfalleció muchas veces y al fin no pudo hacerle el amor, lo cual a ella la tuvo sin cuidado. Lo importante era que estuviera ahí, aunque pareciera

un resucitado; que estuviera con ella, que se dejara cuidar, que la quisiera. Nicolás decía que no estaba fumando bazuco —obviamente seguía bebiendo—, y ella le creyó porque quería creerle. Lo llevó a una peluquería. «Para que te organicen mejor el poco pelito que te queda», dijo. Y un dentista amigo se ofreció a ponerle casi gratis los dientes que le faltaban.

Nicolás nunca se puso los dientes que le faltaban.

Volvió a desaparecer. Tres años después, Beatriz, que había dejado de salir con el profesor de Filosofía, venía en su automóvil con Demetrio y con su nuevo compañero, un economista vasco con quien solo alcanzaría a vivir cuatro meses tediosos y desabridos.

—Con el relámpago de un solo pensamiento la mente desasosegada se calma —venía diciendo Demetrio—. Entonces los diez mil fenómenos del mundo se levantan, se sostienen un segundo en todo su esplendor, y después se vuelven humo.

Nicolás caminaba por una de las calles del centro de la ciudad. Tenía solo un zapato. Se había orinado y defecado en la ropa, y la gente se encogía y parecía dejar de respirar al cruzarse con él o se cambiaba de acera nada más verlo.

Ella estuvo a punto de llamarlo.

—Cállate ¿sí? ¡Cállate, maldita sea, aunque sea por un segundo! —le gritó a Demetrio, arrancándose casi los cabellos.

Todo entró en otra dimensión, en otro ámbito —ellos dos, los autos y buses, el sol, las nubes y la gente—, y se detuvo. Beatriz sabía que si lo llamaba se iba con él al fin del mundo.

Dejó que caminara y se alejara, que los segundos otra vez pasaran y él se fuera de su vida —y de la vida— para siempre.

Arcángel

Debía su belleza a la manera liviana de gesticular con las manos y de reírse justo en el momento que hablaba. También la embellecía, y decía mucho de su sensibilidad, su habilidad para conversar con los extraños, don del que había disfrutado toda la vida y del que debió dejar de disfrutar después de casarse, pues Samuel no lo aprobaba, así como la forma delicada de ocuparse de las pequeñas cosas que la rodeaban: de las plantas de la casa, con flores y follajes perfectos, y de su mucha ropa en el armario, que tenía el tamaño de un baño o de una despensa. Allí cada prenda era mirada, admirada y colocada por ella misma como en una biblioteca: la ropa interior por colores y en hileras; las envueltas medias de nailon como estuches de ámbar; las camisas una sobre otra en ángulos muy rectos. Allí se sentía ella contenta, o por lo menos no tan desgraciada. Y en aquella particular actividad, aparte de Dios, nadie podía contemplarla, pues las muchachas del servicio de esto estaban excluidas y el clóset de ella era el único sitio de la casa al que él, por falta absoluta de interés, nunca entraba.

El encierro en que había terminado por convertirse su matrimonio, la falta de relaciones con el mundo y con la gente empezaron a entristecerla. Todavía se reía, pero menos, y ya no porque estuviera contenta sino porque las personas que nacen con tendencia a la risa casi nunca la pierden del todo. Él no era infiel ni tampoco violento —no con ella, en todo caso—, pero creaba alrededor suyo un ámbito seco y anguloso que la fue abrumando. No le imponía la soledad, pues no le prohibía verse con nadie: se la creaba.

Ella no se sentía orgullosa de las razones por las cuales se había casado, y era la primera en no querer mencionarlas ni recordarlas. El amor no fue una de ellas. Ni siquiera el deseo. Se podrían mencionar la cobardía y la codicia —pues él era muy rico— si fuera de alguna manera posible asociar semejantes palabras con alguien tan delicado y amoroso como ella. Al principio del matrimonio alcanzó a sentir algunos espasmos de placer y nacieron las mellizas. Después no volvió a sentir nada.

Menos mal que estaban las niñas.

Una amiga médica, que sabía de depresiones y estaba convencida de que había medicamentos para todo, le recetó antidepresivos, unas veces unos, otras veces otros, pero ninguno pareció ayudarle demasiado. La amiga le advirtió que uno de los efectos colaterales de algunos antidepresivos era la posible disminución de la libido, y ella, que varias veces se había sorprendido pensando en lo bueno que sería desaparecer de este planeta sin dejar rastro ni memoria, pensó que, total, libido ya no tenía, y que, suponiendo que la tuviera, perderla no sería mucho pagar por escapar del túnel brumoso en que se había convertido su vida.

Una mañana salieron las niñas para el colegio, salió Samuel, y ella tomó una de sus duchas muy calientes y tan largas que alarmaban a veces a las muchachas del servicio. Al día siguiente volvieron a salir las niñas para el colegio, salió otra vez Samuel, y ya ella se disponía a desvestirse en el baño, cuando bostezó muy fuerte y sintió el placer, que le llegó casi imaginario

primero y se hizo cada vez más potente hasta que le estalló con violencia, la dobló en dos y la hizo rodar por las baldosas.

Se levantó y se mojó la cara. Pensó en dormir un poco, pero decidió en cambio tomarse un café cargado. Y ya iba a pedírselo a las muchachas, cuando aquella anunciación o visitación le estalló otra vez en el vientre, la sacudió de nuevo y la dejó ovillada mucho rato sobre el piso frío. Cuando se sintió libre fue a recostarse. No soñó nada. Se despertó media hora después y caminó con cautela por la habitación, atenta a cualquier señal, mirando con recelo y anticipación hacia el cielo raso o hacia los rincones oscuros, pues quería tener tiempo de sentarse si lo sentía llegar, de modo que no la tumbara con demasiada fuerza y la golpeara contra las paredes y los muebles. Pasó la mañana y no ocurrió nada. Vinieron las niñas a almorzar y no la encontraron jugando solitario en la mesa del comedor, como era su costumbre cuando estaba deprimida, sino leyendo en el sillón de su cuarto, muy

arreglada y como ausente, y sobre todo muy cariñosa. Las acompañó a almorzar y fue hasta la puerta a despedirlas.

Los espasmos empezaron a llegarle todos los días a lo largo de la mañana, no siempre tan fuertes como los de la primera vez, pero sí más extensos y frecuentes. Cuando Samuel salía, ella les decía a las muchachas del servicio que tenía cólicos y se quedaba toda la mañana en la cama, con las cortinas cerradas, esperando primero, luego asfixiándose casi de placer cuando llegaban. Durante esas semanas alcanzó a ponerse delgada y ojerosa. Después de las mañanas intensas ya no tenía alientos de hacer nada y si se sentaba a tejer o a leer era más bien para que Samuel no sospechara.

Luego, con los meses, aprendió a manejarlo y ya no tenía que encerrarse en el cuarto sino cerrar los ojos, en la sala o el comedor, donde estuviera, y tratar de que la respiración no se le entrecortara demasiado. Y si él preguntaba algo, ella le decía que se le había bajado un poco la presión, y les pedía un brandy a las

muchachas. Recuperó así el peso normal y el buen semblante y terminó por dominar un arte que nunca nadie iría a saber que ella tenía.

Cielo con cuervos

Lo primero que él sintió al despertar fueron el silencio y, como sobre un lienzo, los graznidos. Les prestó atención, inmóvil. «En Suramérica solo se los conoce por el nombre y por el cine», pensó. «Allá los oímos chillar en las películas.» La respiración de ella era tranquila, acompasada. Habían dormido dándose la espalda, sin tocarse. La pelea de la noche anterior había sido intensa. «¿Cómo puede dormir con tanta placidez después de aquello?»

Habían llegado hacía dos meses y la erosión de su relación parecía haberse venido dibujando también con fuerza en el silencio. Berlín. «Esta ciudad suena menos que allá los pueblos, las veredas. De Bogotá ni hablar.» Atrás habían quedado el estrépito de automóviles y buses, los pregoneros del barrio, el gallo del estacionamiento, la música a todo volumen del vecino en la mañana.

Le dolió el corazón.

El grupo de cuervos levantó vuelo desde un árbol de la calle, dejó de sonar, y pasó, en cambio, una

sirena. La calle se llamaba Kantstrasse. Seis de la mañana. Domingo. Finales de octubre. El apartamento quedaba cerca de una estación de bomberos. Aún estaba oscuro. Se alejó la sirena y el silencio se hizo total. El pie de ella salía del edredón de plumas, lo demás estaba cubierto por completo. De haber sido todo como antes, lo habría acariciado. No ahora. Se le encogió otra vez el pecho, se levantó y caminó desnudo hasta el baño, evitando mirarse el cuerpo —delgado, saludable, aunque con la barriga propia de los cincuenta años, barriga de flaco— en el gran espejo de la sala.

Tampoco en el baño quiso mirarse. Orinó, se lavó las manos, cerró la tapa del inodoro, se sentó sobre ella y se lavó los dientes, mirando el rollo de papel en su nicho, al frente. «A esto solo queda contemplarlo», pensó, sin sentir consuelo. «Mirar, sin parpadear, las cosas.» Se puso de pie, escupió la pasta dental en el lavamanos y vio que otra vez le estaban sangrando las encías. Cada cuatro meses visitaba a la periodontista, que lo torturaba con ganchos y púas de ultrasonido.



«Tocará buscar aquí otro verdugo», pensó. «¡Tanto dolor solo para no quedarse mueco!»

Regresó al cuarto y, así como había evitado antes los espejos, evitó mirarla a ella. Temía la enorme soledad que le esperaba. «Posiblemente hasta el final de mis días», pensó. Había visto, sí, que ella se había sentado en la cama. Sabía que sus ojos negros, aunque ya sin rencor, serían fríos, duros; su mirada, tan amada por él, ahora escrutadora, evaluadora, siempre bella. «Tantos malentendidos nimios entendidos como deslealtades, traiciones», pensó. «Tanta vanidad. Tanto egoísmo.»

—Hola.

Se reconciliarían, seguirían juntos, días, meses tal vez, pensó, incluso se amarían. Pero en aquel momento la grieta para él fue tan visible como las que anuncian los derrumbes de los muros. En el estómago, el dolor: un puño oscuro.

Todo era irreversible, fatal, irremediable.

Flores guardadas

Luego de la muerte de Iván, el apartamento permaneció cerrado casi dos meses. Ella sabía que en algún momento tendría que entrar y encontrar, intacto, el instante último de su vida en común, pero solo hasta ahora había tenido la fuerza para hacerlo.

—Vos no tenés que ir —le habían dicho sus hermanas—. ¿Para qué? Nosotras vamos y empacamos. O, si querés, te acompañamos.

Les respondió que ciertas cosas nadie las podía hacer por otros ni con otros.

Entró a la sala. Estaba oscura. Abrió las pesadas persianas de madera de la ventana que daba a la terraza. En la mesa de centro estaban el florero con las rosas ya marchitas, el cenicero con dos colillas muy cortas de Pielroja y una de las revistas culturales que a ella le gustaban y él había siempre detestado.

Entró a la habitación. En la mesa de noche de él, *Viaje sin mapas*, señalado en la página ochenta y dos. En el agua de la jarra flotaba una película de polvo. También en la mesa de noche estaba el paquete

de cigarrillos, y abajo, donde no se viera mucho, la eterna botella de aguardiente.

Empezó a poner en cajas de cartón los libros de la biblioteca. De vez en cuando miraba alguno, leía un párrafo: «El Tao dio nacimiento a Uno. El Tao dio nacimiento a Dos. El Tao dio nacimiento a Tres. Y el Tres dio nacimiento a la miríada de asuntos». Había conseguido cajas no demasiado grandes para los libros, de modo que no fuera difícil moverlas. Tomó otro al azar, leyó al azar: «Y tus sillas se quedaron vacías hasta que fuimos a enterrarlas con aquellos hombres alquilados, sudando por un peso ajeno, extraños a cualquier pena. Cerraron la sepultura con arena mojada, bajaron el cajón despacio, con la paciencia de su oficio, bajo el aire que les refrescaba su esfuerzo».

No con los cremados, pensó. Nada despacio hay en eso, pensó, como arguyendo con rabia contra lo que había leído. No le pareció extraño que los enterradores hubieran bajado el cajón después de cerrar la sepultura. A los cremados los despedimos de un golpe,

pensó, en cuerpo y alma, y no hay ni el consuelo de irlos descendiendo.

Llamó por teléfono al hombre del camión y a la gente del depósito.

Abrió un álbum y se entretuvo mirando las fotos. Iván, feliz, un poco borracho, el día que volvieron del hospital con la niña recién nacida. Ella y él sonriéndole al fotógrafo ambulante en 1975, en plena calle Junín. Ella y él en la motocicleta, que él vendería muy poco después, por miedo de matarse con tragos, qué ironía.

Dobló las cobijas y las sábanas a medida que fue destendiéndolas. El olor de él se levantó de la ropa de cama como el de la tierra cuando caen los primeros goterones. Puso mantas, sábanas y almohadas en una caja de cartón que aún olía al Fab que había contenido. En una bolsa de basura puso los cepillos de dientes, los tubos de dentífrico, los peines y los cepillos de pelo.

Comenzó a llover y las gotas golpearon fuerte contra la claraboya del baño. En alguna radio lejana

sonaba *Amada amante*. Ráfagas de viento se llevaban la lluvia de la claraboya, se hacía el silencio y de nuevo el agua repicaba como granizo contra el vidrio. En la cocina, guardó en cajas las ollas, los platos y los pocos víveres que habían quedado en los estantes. Puso en una bolsa de basura el contenido de la nevera.

Volvió a la sala y miró por la ventana. El sol había salido.

Entonces, lo que no habían logrado ni las fotos, ni las tijeras con las que él se recortaba la barba, ni los cabellos gruesos, rubios rojizos, todavía en su cepillo, lo logró el esplendor de la flores de azalea mojadas de lluvia y llenas de luz, en la terraza.

—¡Maldita sea! —dijo.

Se secó rápido con el dorso de la mano las dos lágrimas, que dolieron como vidrio, y, sin maldecir más, soltó con fuerza y de un solo golpe las pesadas persianas de madera que cayeron como plomo y casi reventaron los cordajes.

El filo de la medianoche

«Peor momento no podía escoger», pensó cuando supo que Miguel venía.

Su matrimonio estaba en ruinas; el malhumor lo atacaba desde muy temprano en la mañana y debía controlarlo el día entero, como a un perro bravo; y si bien era rico todavía, los negocios parecían irse deteriorando a la misma velocidad con que se le deterioraban la salud y el ánimo.

Por Adriana había empezado a sentir antipatía sin razón alguna. Trataba de que no se le notara, pero esas cosas no pueden ocultarse. Ella era de carácter fuerte, y a la actitud de él respondía con ironía y a veces con sarcasmos. La verdad, pensaba Óscar, era que había dejado de amarlo tanto como él a ella y, así y todo, a Adriana le dolía que ya no la quisiera.

Fueron los dos a recibirlo.

Como siempre que se reunían, el primer impulso fue el de tomarse algunas copas, de modo que fueron a un bar en las afueras de la ciudad, por la carretera del aeropuerto. A Adriana le gustaba estar con ellos dos,

pues cada uno ganaba cuando el otro estaba presente, y los tres se ponían especialmente eufóricos e ingeniosos. Además, la presencia de Miguel les permitiría descansar de la insoportable tirantez de un matrimonio que se iba a pique, en lo que sería la primera tregua de una guerra sin cuartel que ya duraba casi un año. Ahora incluso volvía a disfrutar del humor seco, algo negro, pero siempre acertado, de su marido, y a pensar que sus ojos, por lo incisivos y atentos, alcanzaban a ser bellos.

«No tomés tan rápido, fijate lo bien que estamos pasando, dale tiempo al cuerpo para que elimine», dijo Adriana, y él tuvo que hacer un esfuerzo para no responder de mala manera e iniciar una pelea. Sabía que ella se refería a lo difícil que a veces se ponía con los tragos, pero también a que el alcohol le hacía daño para la artritis. Y cualquier alusión a su enfermedad, así fuera remota o imaginaria, lo enfurecía. Muchas de sus riñas concluían con el intercambio de tres o cuatro frases afiladas y después, el silencio. Otras, en cambio,

se habían salido de cauce y habían hecho volar objetos; o él había terminado con el rostro arañado y ella con ojos morados o la cara hinchada. Óscar, que durante sus treinta y seis años de vida se había involucrado en algunas peleas con hombres, jamás pensó que pudiera alguna vez golpear a una mujer.

Hablaron de la muerte de Janis Joplin. Hablaron de libros recientes. Miguel propuso que salieran a comer, y decidieron ir a un restaurante italiano de las afueras. Ella se ofreció a manejar y tomó las llaves de la pickup. Óscar, con alguna brusquedad, se las arrebató de la mano. Aunque la velocidad los hizo sentir felices, seguros de que no se iban a matar, ella le hizo señas a Miguel de que no pasara la botella. Él le sonrió y la pasó de todos modos. Por las ventanas entraba el aire cargado con olor a maleza de la carretera.

En el restaurante, Óscar se dio cuenta de que Adriana refrenaba el impulso de aconsejarle que no pidiera carne roja. «Y hace bien en no decir nada», pensó. «Ya cojearé mañana, si me da la gana, con la rodilla

a punto de estallar y malgenio de alcohólico. Pero es mi puta rodilla, y es cosa mía si resuelvo suicidarme con ternera.»

Del restaurante salieron para otro bar, en el centro de la ciudad, donde solo ponían boleros. Óscar al fin decidió entregarle las llaves a Adriana. Bailó con ella y lo disfrutó, pues lo hacía bien aun estando borracho. También bailaron, muy juntos, Adriana y Miguel. Se produjo una discusión con alguien, tal vez con Miguel o con el dueño del bar, que terminó quién sabe cómo. Óscar nunca lo recordaría. Miguel y el muchacho del estacionamiento lo cargaron hasta la camioneta. En algún momento Adriana había desaparecido.

Se despertó, vio que estaba en su cama, vestido, encendió un cigarrillo sin prender la lámpara y se puso el cenicero sobre el esternón. Ni siquiera habían tenido la decencia de quitarle los zapatos, pensó. En la mesa de noche estaba la botella. Resoplaron los caballos en las pesebreras. Cantó un gallo. Dos tragos grandes le quitarían el dolor de la rodilla. Creyó oír

las voces de Adriana y Miguel en alguna parte, pero el aguardiente lo envolvió de nuevo y se durmió con el cenicero subiendo y bajando sobre el pecho. Cuando se despertó, ya sin dolor, se tomó otro trago, encendió un cigarrillo y trató de ubicar las manecillas fosforescentes de su reloj. Sonaron los gemidos de Adriana en el cuarto donde habían acomodado a Miguel. Se tomó otro trago, cantó un búho, resoplaron los caballos. Trató de poner la botella en la mesa, la puso en el aire, se cayó al piso y en el cuarto de Miguel se hizo el silencio.

Sonaron otra vez las voces.

La aflicción se le hundió como un hierro en pleno estómago y le tocó luego el borde del corazón, pero se quedó allí, no subió a la garganta ni a los ojos. Quería ponerse de pie, pero sabía que, con la borrachera, las piernas no lo sostendrían.

Su espíritu, muy lúcido, era una lámpara encendida en la neblina.

«Aquí toqué fondo», pensó. «De aquí hacia abajo ya no sigue más.»

Mangos amargos

La casa tenía techo de plancha de cemento, paredes de ladrillo sin revocar y ventanas con rejas de seguridad azules. Además de Luz Dari, vivían en ella la mamá, que era una especie de cero a la izquierda; Lucio, que había sido subteniente del ejército y ahora manejaba un taxi, y Carlos, a quien llamaban Chichí, que administraba una tomatera en las afueras de la ciudad. Los otros hijos se habían casado y vivían en otras partes.

Lucio había llegado y, sin mediar palabra, le había dado a Luz un bofetón.

—Maldita puta —le dijo.

Ella trató de defenderse, de pelear, abusivo, dijo, por qué me pegás, y él le respondió con un puñetazo que le hincharía mucho la mejilla.

—Andá metete a tu cuarto antes que te parta el pescuezo, maldita ramera —dijo Lucio, y Luz se fue llorando sin decir nada más, por miedo de que la matara.

Después llegó Chichí y también dijo esta maldita perra.

Luz los oyó hablar en la sala mientras la mamá lloraba en la cocina. Puso la oreja en la puerta y oyó que Lucio decía que lo mejor era que Chichí esperara en la esquina mientras él, Lucio, entraba al despacho del doctor y lo convencía de que fueran a hablar adonde pudieran quebrarlo.

—Vos no te dejás ver, pero te me quedás siempre por ahí cerquita, por si sospecha y brega a volársenos —dijo.

Luz sintió el hielo en el estómago y quiso gritar, pero prefirió callarse.

—No le peguen más. Y no la encierren, que yo no la dejo salir —dijo la mamá, pero ellos ni siquiera le contestaron y encerraron a Luz con candado en un cuarto de herramientas que había en el patio de atrás. No le pegaron más, pero sí la arrastraron y empujaron hasta el cuarto.

Pasaron las horas. La luz cambió de ángulos. La mejilla estaba muy hinchada. Luz Dari se cansó de llorar y durmió un rato en el suelo, con la cabeza

apoyada en la almohada que la mamá había logrado embutir por entre los barrotes de hierro que había en la parte superior de la puerta. «Mamá, llame usted a la policía y dígales, por Dios, lo que van a hacer», le había dicho, pero la anciana, primero por el maltrato de su difunto marido, después por el de los hijos hombres y ahora por la misma ancianidad, había perdido la voluntad y era incapaz de tomar decisiones. Y menos esta, que enfurecería a los hijos y por eso le causaba tanto miedo.

Luz Dari se despertó y oyó a la lora murmurar en su travesaño del patio. Se empinó para mirarla por entre los barrotes y la vio comiéndose un mango rojo y amarillo que la mamá le había puesto en el plato. Luz Dari pensó en lo feliz que había sido con el doctor y se puso a llorar. Entonces llamó a la mamá, que seguía sentada al pie de la puerta, y le preguntó que si no habían vuelto. La mamá dijo que no, que todavía no, y Luz le dijo que por favor le avisara a la policía.

Pero esta vez no quiso insistir.

¿Para qué? A estas alturas ya habría acabado todo.

Anocheció y en el bar de la esquina empezaron a poner la horrible música.

Los muchos recodos del río

Shōkō Inoue era persona de temperamento teatral. Durante los primeros días, al hablar del final de su matrimonio había acostumbrado colocar las carcajadas una por una en el aire, como rocas flotantes, como nubes sólidas. Buscaba simbolizar así lo mucho que lo alegraba el fin de una relación que se había convertido para los dos en un infierno.

Los compañeros de trabajo lo habían mirado, corteses, incrédulos, púdicos, incómodos.

Pero la euforia pasó como pasan las borracheras.

Recordó entonces lo mucho que la había amado, vio lo definitivo de haberla perdido y se sintió deshecho. Buscó refugio en el alcohol, como suele hacerse, y llegaba a trabajar al restaurante con resacas enormes y gafas negras, y se mostraba tan silencioso ahora como antes se había mostrado exuberante. Aguantaba el sake y el dolor como un guerrero o un monje, y sus compañeros lo miraban, solidarios, preocupados, admirados.

Hasta que se cansó del alcohol, pues de las borracheras le interesaba el tinglado dramático, no los

trastornos nerviosos y estomacales que le producían, y se sintió desconcertado. Su mujer se había ido para Brasil con un hirsuto turista brasileño, y ahora a él se le empezaba a ocurrir que tal vez podría ir a buscarla y convencerla de que volviera. Pasó una noche pensándolo. Pasó todo un día pensándolo. No fue a trabajar. Siguió pensándolo la siguiente noche.

Compró por internet un boleto barato a Río de Janeiro, con escala en Ciudad de México. La compra le creó la ilusión instantánea de haber recobrado a su mujer, y otra vez se puso eufórico. Fue al trabajo y, con gestos amplios, aéreos, bien delineados, pidió una licencia de dos meses e hizo una venia al concluir lo que tenía que decir. El dueño del restaurante le devolvió la venia. Si fuera posible mirar a alguien a la vez con burla y con respeto, así se habría descrito la mirada de su jefe cuando levantó de nuevo la cabeza.

Le concedió la licencia.

No pudo retener el nombre del aeropuerto de Ciudad de México. Se lo dijeron varias veces las azafatas

en el avión y las autoridades en el aeropuerto, pero, tal vez porque ellas lo pronunciaban con acento japonés, y las autoridades con acento mexicano, y no se parecían mucho el uno al otro, casi de inmediato lo olvidaba. A las seis de la tarde cruzó la casilla de inmigración, reclamó su pequeña maleta, cruzó la de aduanas y se sentó en una cafetería. Pidió por señas un croissant con café con leche —para indicar la leche imitó el ordeño de una vaca—, el primero en la larga serie de croissants con café con leche que le reservaba el inmediato futuro.

Se durmió un instante en la silla y soñó que caminaba por una playa y, de repente, sobre él se levantaba una ola que nunca terminaba de caer y aniquilarlo. Abrió los ojos. La empleada le sonrió desde el mostrador, mientras ponía café en la cafetera expresso y abría una llave para que soltara vapor. Los ojos de él eran siempre sonrientes y atentos, y desde niño la gente había acostumbrado sonreírle.

Le indicó por señas a la empleada que por favor le cuidara la maleta, que iba al baño. Hizo la vívida

pantomima de mojarse la cabeza y sacudirse, como un pájaro, y ella, que volvió a sonreír, pues casi vio salpicar el agua imaginaria, le dijo, en español muy modulado, y además por señas, que se la dejara detrás del mostrador. Él la llevó y dijo algo que sonó como «¡grachias!».

Era esa, su expresión siempre sonriente, la que había terminado por arruinar el matrimonio. A su mujer la había exasperado hasta el odio el hecho de que aún en los momentos más difíciles él se las arreglara para mantener la que ella llamaba cara de idiota. Cuando decía enojarse, por ejemplo, salirse de casillas, era como si representara un papel, y levantaba la voz, sí, y cerraba los puños y fruncía el ceño, como si se pusiera la máscara de un demonio, pero una vez terminada la actuación regresaba a su expresión alegre y apacible que tanto la enfurecía. Tal vez por eso mismo, y no por el hecho de que fuera millonario, había ella elegido al hirsuto turista brasileño, de temperamento más que rudo, patán a ratos, pelo más que

negro, barba azul, dientes blanquísimos, cejas unidas, pestañas largas y ojos grandes color de miel.

En el baño se quitó la camisa frente al espejo y repitió con exactitud, en la realidad, lo que antes había hecho con mímica, salpicando todo de agua, como un mirlo, y asombrando por su expresividad a las pocas personas que entraron. Regresó al mostrador por su maleta, dio las gracias a la empleada y se sentó en la misma mesa de antes. De allí la llamó. Ella se acercó sonriente, y él le pidió por señas otro croissant con café con leche. Esta vez no hubo necesidad de ordeño. Cuando se lo trajo, él se puso de pie, hizo una venia, le tendió la mano y se presentó.

—¿Cómo?

Él repitió su nombre y se puso en el pecho la palma de la mano.

—¡Ah, sí! —exclamó ella, ruborizándose—. Yolima Zambrano, mucho gusto.

—Grachias.

A las doce del día, una hora antes de su vuelo para Río, se levantó de su mesa y pidió otra vez a la

empleada que le cuidara la maleta. Pero no fue a consultar la pantalla, para confirmar la salida de su avión, sino que caminó mirando vitrinas por un sector muy poco concurrido del aeropuerto.

Contra toda evidencia, el Tiempo transcurría sin hacer ruido por el interior de las cosas que pasaban frente a él en las vitrinas. Las cámaras de fotografía estaban en movimiento aunque no lo pareciera; una hilera de matrioskas esperaba a que el devenir avanzara con más energía y las desvarara por fin de la orilla donde estaban detenidas; los frascos de perfume parecían a años luz de sus futuros dueños.

Rugió el fuego en las cámaras de las turbinas, universo no menos infernal por lo remoto, y su avión se movió menos de dos centímetros, sin él, por la pista y volvió a detenerse. Las alas le temblaban. Un segundo después rugió más fuerte y se movió de nuevo, esta vez para no detenerse —mientras él regresaba a su mesa—, y, en un delirio de segundos y centímetros, y con sus más de cuatrocientas almas a bordo, soltó la tierra y se precipitó hacia el sur, a su destino.

A las cinco de la tarde pasadas llegó el hermano de Yolima a acompañarla a casa, como llegaría todas las tardes durante las semanas que siguieron. Trabajaba también en el aeropuerto, pero lejos, en los hangares. Y así como ella era delicada, de facciones casi asiáticas, él era corpulento, de cara grande y pelo muy negro, brillante y lacio, peinado hacia atrás con mucha brillantina, y piel cobriza oscura como la madera. Era extraordinariamente simpático y sonriente.

Yolima se lo presentó. El hermano no dijo «mucho gusto», ni nada parecido. Dijo:

—Qué pasó, güey.

Y él, también sonriendo, se puso otra vez en el pecho la palma de la mano y le dijo su nombre.

Entonces llegó la persona que se encargaría del negocio hasta la medianoche, un joven osco, tal vez estudiante de alguna escuela politécnica, que traía libros para leer y cuadernos para escribir en ellos, y no parecía querer conocer a nadie. Yolima, sin presentárselo, se sentó con el empleado un momento a hacer

cuentas y a hablar del inventario, mientras él la miraba desde su mesa con admiración.

—Nos vemos, chinito —le dijo al rato el hermano y le apretó con fuerza la mano.

Se fueron los hermanos sin despedirse del empleado, ella sonriendo. Y así llegó la primera noche. Como si confluyeran dos ríos en su corazón, la alegría y liviandad de sentirse libre empezaron a dar paso a una corriente de melancolía. Los ventanales se pusieron negros al entrar la noche, y en ellos se veían los puntos diamantinos de los aviones y vehículos terrestres que recorrían las pistas. Él se quedó todavía un rato en la cafetería, y a eso de las siete se fue con su maleta, caminó un rato por el aeropuerto, mirando el piso, y se sentó en uno de los salones, lo más lejos posible de la pantalla de televisión.

Se durmió, recto en la silla, hasta la una de la mañana más o menos, sin soñar nada, y cuando despertó había dejado de sentir el vacío que le había dejado la ausencia de la empleada. Otra vez se alegró de todo

corazón por haber entrado a este territorio maravilloso, donde se veía libre del dolor y la humillación que el abandono de su mujer le había producido. Sintió frío, abrió por primera vez la maleta y se puso otro suéter. Al día siguiente trataría de comprarse una cobija en alguno de los almacenes.

Cuando despuntó el día, miró desde lejos hacia la cafetería, para ver si Yolima había llegado. No había llegado, por supuesto, era demasiado temprano. El joven del turno de la noche leía sus asuntos en una mesa y él no tuvo interés en acercarse. A eso de las seis y media volvió a pasar por allí. A las siete y media se instaló en una de las salas de espera, desde la cual podía verla llegar. Quería café con leche y un croissant, pero prefirió no pedírselo al empleado, que ahora organizaba la nevera y limpiaba las mesas, como preparando todo para el fin de su turno.

—Buenos días —le dijo al rato Yolima, que se había acercado a su silla por detrás, sin que él se diera cuenta.

—Buenos días —respondió sobresaltado.

—¡Pero miren lo bien que pronuncia!

Dio las gracias.

A los veinte días aparecieron los primeros periodistas. Vinieron antes de que comenzara el turno de la noche y le tomaron fotos en su mesa de la cafetería, envuelto en la cobija que se había comprado. Le hicieron preguntas, que no entendió y, sin embargo, respondió en su lengua. Tampoco ellos entendieron las respuestas, pero tomaron notas. Salió serio y adolorido en la mayoría de las fotos, como correspondía a su historia de amor trágico, pero en algunas apareció amable y sonriente, como siempre.

La entrevista real se la hicieron a Yolima, quien les informó que él tenía el corazón destrozado, que llevaba ya eso de un mes viviendo allí, que se sentía muy bien por la manera como lo habían recibido los mexicanos, que le gustaba el aire que se respiraba en México —nadie en este punto quiso anotar que el aire en esta parte del mundo mataba gorriones en pleno

vuelo— y que la policía lo había tratado bien hasta ahora, tanto que incluso se había retratado con algunos agentes. Tenía todos los papeles en regla, tenía su visa y algún dinero, y dormir en una silla no era delito, que ella supiera. Aquí Yolima, que era suave de por sí, dejó ver cierta acritud que indicaba que podría ponerse beligerante y hasta agresiva en caso de que alguien intentara decir que él estaba haciendo algo ilegal. Entonces llegó el hermano de Yolima con su cara grande, su gran sonrisa y su overol de trabajo, y los periodistas los fotografiaron a los tres. Una familia italiana que pasó en ese momento aprovechó también para fotografiarlos, y la hija, de unos diez años, le pidió un autógrafo, que él escribió con mano firme, como si estuviera acostumbrado.

Fotos y autógrafos se hicieron cosa de todos los días. A la gente le gustaba su gesto de samurái, y era ese el que adoptaba con más frecuencia para las fotos. Aparecieron artículos sobre él en periódicos de todo el mundo. Muchos traían también las fotos de un

actor que había hecho una película sobre una persona que se quedaba a vivir en un aeropuerto durante varios meses. La naturaleza imita al arte, decían, sin tener en cuenta que esa película había sido basada en una persona que, como él, aunque por otras razones, también se había quedado a vivir durante meses en un aeropuerto.

La ropa le olía mal y Yolima empezó a traérsela lavada cada semana. También le traía a veces mole poblano, pozole, torta azteca y otros platos mexicanos, para que descansara de los croissants. Él hacía gestos dramáticos por el chile picante, se reía. Había hecho amistad con el personal de limpieza y ya para algunos de ellos, hombres o mujeres, empezaba a hacerse costumbre hacerle compañía un rato por las noches. Mantenían el balde y el trapeador a la mano, por si aparecía de repente el supervisor, y le contaban por señas sus vidas.

El dique que había ido formándose alrededor de las matrioskas se rompió un día y fueron arrastradas

al torrente de la vida, no porque alguien las hubiera comprado —la hija adolescente del dueño del almacén se quedó con ellas y se las regaló a su maestra en su cumpleaños—, sino porque la tienda quebró y en su lugar se montó una pizzería, empresa también destinada al lento fracaso, pues el lugar quedaba en un recodo del terminal, al que poca gente llegaba.

Yolima, que había trabajado antes como manicurista, le arregló las uñas y le dijo, sin que él entendiera mucho, que tenía bonitas manos. Eran alargadas, ciertamente, delgadas, delicadas en extremo, pero las uñas estaban largas y sucias. Mientras ella limaba la uña, sana, firme, y corría hacia abajo la cutícula como ampliando una playa, él la miraba con ojos serenos. De haber estado un poco más atenta, en el fondo de su mirada Yolima habría podido ver, muy intensa, la luz por muchos temida, el amor, la antigua llama. Él, por su parte, no tenía ni idea de que ella pensara que sus manos eran como de mujer y, sobre todo, que esa no fuera opinión halagadora, ni mucho

menos, pues a Yolima le gustaban los hombres como su hermano, de espaldas muy anchas y manos cuadradas y fuertes, no importaba que no supieran fruncir el ceño de vez en cuando o poner mirada poética pero firme, como los guerreros asiáticos de las películas.

Aunque él no sabía lo que Yolima pensaba, empezó a sentirlo en las entrañas —pues no es la gente sino los nervios del vientre de la gente los que intuyen todas las verdades de este mundo infinito que moriremos sin conocer—. Y vio con desesperación cómo sus gestos de amabilidad cada día se hacían menos frecuentes y menos cálidos, repitiéndose así de forma casi idéntica y al parecer ineluctable el profundo dolor que hacía tan poco tiempo había vivido.

Ya a mediados del segundo mes habían comenzado a distanciarse, sin que él supiera por qué, y empezaba a verse claro que su partida y el fin de este universo —que había nacido con el aterrizaje de un boeing y el despegue de otro, y se había consolidado y desplegado con tanta riqueza y delicadeza durante ese par de meses— estaban cada vez más cerca.

—Estoy hasta la coronilla de tenerlo todos los días ahí sentado, riéndose con todo el que pasa. ¿Será que no se va a ir nunca? —le decía ella a su hermano, a pesar de estar él presente, y el hermano lo miraba con cierta compasión y le palmoteaba las espaldas delgadas con su manaza de mecánico.

Yolima dejó de cuidarle las uñas y de lavarle la ropa. Y él, que en el aeropuerto había alcanzado tan altos límites de libertad, poco a poco, como un papel a fuego lento, se fue convirtiendo otra vez en huérfano, en náufrago. Los turistas seguían llegando a tomarle fotos pero ahora se quejaban a veces por su olor. La barba se le puso seca, malsana. Los ojos, sin perder la expresión amable que a ella tanto exasperaba, se veían lagañosos, abotagados. Ya rara vez ponía sus gestos de guerrero o demonio y más bien tendía a quedarse pensativo, mirando hacia un mismo punto. El cansancio comenzó a apoderarse de él y a veces se le veía derrumbado sobre la silla, totalmente envuelto en su cobija, como un bulto de trapos sucios.

Una mañana soñó que se bañaba en una fuente de aguas termales en las montañas de su país, acompañado de una tribu de macacos. Cuando despertó, la sensación de limpieza profunda que traía del sueño contrastó con su mugre, y en ese momento tomó la decisión de partir.

Compró ropa, fue a los baños, se aseó bien y se la puso. Compró un pasaje de una aerolínea chilena.

No se despidió de Yolima ni de nadie. De haber avisado, habría llegado una nube de reporteros y de cámaras.

El avión se movió con una lentitud que casi podría tomarse por cautela. Llegó al final de la pista y allí, en un remedo de vida, los alerones subieron, bajaron, se quedaron quietos. Entonces la nave tomó impulso y echó a volar, pero no como los cisnes, las garzas o los gansos, sino muy rígida, llevando el espíritu de él y de muchos otros en su vientre muerto.

Quince minutos después la azafata avanzaba por el pasillo y le entregaba los audífonos. Se parecía

un poco a su mujer y también a Yolima, pero tenía los ojos muy maquillados. Él sonrió y dijo «grachias».

Se vio claro que a ella él le agradaba.

—Shōkō Inoue —dijo él, todavía sonriendo, y se puso en el pecho la palma de la mano.

Sol sobre los cafetales

Tres meses después de nacer su hijo mayor, sin enojarse pero con cierta terquedad, ella se empeñaba aún en no llevarlo donde el médico. El niño nunca lloraba, era demasiado tranquilo. Ni los amigos ni la familia comentaban nada, aunque era evidente que tenía la cabeza demasiado pequeña, los ojos muy rasgados. Lo cargaban, le cantaban, lo acariciaban, pues inspiraba un poderoso sentimiento de afecto, pero no hablaban de él. Un día el marido le dijo que definitivamente él creía que había algo raro con ese muchacho, y ella se puso a llorar como si la hubieran insultado.

Esa noche, al igual que muchas otras, él apagó la luz, puso la cabeza en la almohada y cubrió con su mano el pubis de ella, con naturalidad, como una hoja que se posa sobre otras en la tierra. A veces lo hacía solo para dormir, a veces para empezar a acariciarla con más ímpetu.

Ella se la retiró sin brusquedad.

Al día siguiente salieron de la casa con el bebé, él muy serio, ella todavía con señales de lágrimas. Ella

tenía veinte años. Él acababa de cumplir veintiséis, y por esos días se mantenía muy bien vestido: tenía cinco pares de zapatos en el armario y se cambiaba de camisa varias veces al día. De la herencia que recibió de su padre, cuantiosa, pues era hijo único, conservaba todavía la finca grande, que perdería muy poco después, la finca más pequeña, la casa donde vivían y cuatro locales en la plaza de los mayoristas. Aún no tenían el café-bar del que vivirían tantos años. Por los días en que llevaron el niño al médico vivían del cacao y el café que se cosechaban en las fincas, y, sobre todo, del arriendo de los locales.

—A este sí lo mantienen más arreglado que un pastelito —dijo el médico mientras examinaba al niño. Sus manos eran todavía muy hábiles, pero ya la vejez se las tenía algo huesudas y apergaminadas.

Llevaba tres meses esperándolos. Sabía lo que el niño tenía, por lo que le habían dicho, y ahora estaba allí, desnudo, plácido, mirándolo con esa expresión de dulzura que les dura para siempre. Puso el frío

estetoscopio en el pecho del niño, que no lloró. «No presenta cardiopatía. Es leve», dijo como para sí mismo. «Tal vez vaya a aprender a leer y a escribir. Cuando es muy avanzado es mejor esconderlos donde a nadie asusten; cuando es leve son una belleza, como este. Dios es grande», dijo el médico. «Extraordinario en padres tan jóvenes como ustedes: uno en dos mil partos. Aquí está el linfedema de nuca, común en personas como él», dijo, palpándole la hinchazón en el cuello, «y ahí las manchitas, como granos de sal, en los ojos.»

El médico suspiró como suspiran los ancianos. Tardó en hablar.

—Lo que tiene el niño es una cosa que llaman síndrome de Down —dijo al fin. Y como vio que ella había llorado lo que iba a llorar, explicó—: El muchacho es mongoloide.

Ella no tuvo ánimo ni para decirle que sabía muy bien lo que era el síndrome de Down. Se le oscureció la vista y le ardieron los ojos, pero las lágrimas no alcanzaron ya a salir.

—No les digo que lo siento porque aquí no hay nada que lamentar —dijo el médico—. Si en alguna criatura está la presencia de Dios es en las que son como él. Coeficientes intelectuales como los de ese señor que dizque es nuestro presidente seguramente son muy altos. ¿Y para qué? ¡Si lo único que hace es armar bandidos para que asesinen campesinos y gente inocente! ¿O ustedes qué dicen? Además el mongolismo de este joven es muy suave. A mi modo de ver, claro. Pero me parece que, para quedar todos tranquilos, lo mejor es buscar una segunda opinión.

Volvieron a la casa, cenaron sin hambre y trataron de dormir. Apareció la luz del amanecer y ella sintió otra vez el hondo calambre de tristeza en el estómago. Llevaba ya mucho tiempo despierta cuando él la besó en la mejilla y le dijo que era hora de arreglar al niño. En el Buick rojo 36 que entonces tenían bajaron por la carretera, curva tras curva, por entre los cafetales que tupían la cordillera.

Iban a la capital del departamento, a ver al especialista.

Este médico les dijo lo mismo que les había dicho el anciano, pero con gráficos de cromosomas y palabras rimbombantes. A las manchitas de los ojos, por ejemplo, se las conocía como manchas de Brushfield. Les mencionó, además, «el amplio espacio interdigital que en estos niños presentan los pies entre los dedos primero y segundo, ¿me explico?, así como el surco plantar que se extiende hacia la parte posterior».

Otra vez viajaron por las montañas oscuras. La carretera daba curvas muy cerradas y la luz salía a veces de las nubes y llenaba de sol los cafetales.

Por la noche, ella se acostó de cara a la pared, y él, a su lado, miró el techo y cerró los ojos. Entonces se dio la vuelta, le pasó el brazo por la cintura —no trató de acariciarla—, se quedaron en silencio durante un rato largo y se durmieron.

Las cosas menos pensadas

El 16 de octubre le escribió a Emilia diciéndole que había recibido la carta de respuesta y que, a decir verdad, no le había sorprendido el contenido. Lo esperaba. «Sé cómo te sientes, pues para mí fue también una conmoción grande. No quería enamorarme más en la vida y esto me llegó como un rayo, de la manera menos pensada y de la persona más inesperada. Al fin y al cabo la última vez que te vi eras una niña.» Tal vez había sido la sorpresa de ver la mujer en la que ella se había convertido, agregaba, la que había hecho que el mundo de él se desvencijara y amenazara con venirse a tierra. No se trataba de deseo. «Cuando pienso en ti pienso en tus ojos, en la luz de tus ojos. No soy ningún viejo obsceno. Y viejo solo lo soy en comparación con tus años.»

Tres días después ella le escribió diciéndole que seguramente se trataba de un momento de confusión por el que él pasaba, una crisis en la que ella sin querer se había visto involucrada. «¿Usted sí se da cuenta de lo que me está diciendo? ¿Le he dado algún motivo para que pueda pensar en mí de esa forma?»

Pasaron varios días. Él se fue para la finca que tenía a dos horas de la ciudad, en las montañas, donde se quedaba cuando debía descansar del trabajo y la rutina. Por la noche tomó cerveza en el corredor mientras oía el río, al fondo, que bajaba entre las piedras. Los colores de la televisión resplandecían contra las paredes en la sala de los cuidanderos. La finca era de recreo, pero producía naranjas, café y cacao. Él se entretenía logrando que la tierra pagara los gastos y hasta diera utilidades. «Casi cuarenta y cinco años y todavía jugando», pensaba.

«Querida Emilia: No quería volver a escribirte e iba a dejar que nuestra relación se convirtiera en lo que tal vez debería ser: la puesta en escena, cada vez que nos vemos, de los diálogos y actitudes que se esperan de cada uno de nosotros. Pero no fui capaz. Pienso en ti día y noche. Desde que abro los ojos hasta que los cierro. Y no quiero dejar de pensar en ti, suponiendo que pudiera.»

No había terminado la segunda cerveza cuando fue a la sala por una botella de whisky, y siguió

escribiendo. Por la mañana entró al sauna que su hijo mayor le había adaptado en uno de los baños, y sintió que, gota a gota, le salía el licor por los poros. Le dijo a la cuidandera que no quería desayunar y se puso a revisar lo que había escrito por la noche. Suprimió la frase que decía que no era cierto que solo la luz de los ojos de ella lo atraía, que eso era mentira, que lo atraían además la boca, las nalgas, los hombros de adolescente, el vientre, pero que no pensaba en eso, pues la sola idea de que pudieran ser suyos hacía que le tambaleara la cordura.

Suprimió, por cursi, el párrafo que decía que ella tenía el alma más hermosa que él había conocido en su vida; que era por dentro igual de bella que por fuera y que era eso lo que lo estaba matando de amor. Había quedado media botella de whisky de la noche anterior. Se sirvió, y otra vez crujieron los hielos y repicaron contra el vaso. Pensó en dejar la frase que decía que cualquier mujer es siempre más madura que cualquier hombre. «Te llevo casi treinta años y a veces

te siento como si fueras mi madre.» Luego la suprimió también, pues ella podría pensar que estaba loco.

La respuesta tardó en llegar. Un día se encontraron en la casa de la abuela, y, al pasar al lado de Emilia, sintió él la fuerza que ejercía su cuerpo, su calor. En el comedor ella le pasó la canasta del pan, y sus manos se tocaron. En la mesa se habló de la exposición de alguien que hacía esculturas en bronce de pescadores de esponjas, deformes por la repetida inmersión en aguas muy profundas.

«¿Por qué?», había preguntado ella en la carta que le escribió después de muchos días, cuando ya él no la esperaba. «¿Por qué tenía que ser yo, precisamente? ¿Por qué yo?» Y después le explicaba quién era ella y cómo cualquier relación entre los dos ofendía al cielo.

¡Como si él no lo supiera!

Negaba entonces y volvía a negar que lo amara, y terminaba la carta negándolo. Y después se lo negaría en persona. Y aquello ocurriría para gloria de ellos y dolor de muchos, pues ya él no le creía.

Las palmas del *ghetto*

Ignacio entró al almacén a eso de las once y le dijo a Selene que necesitaban hablar, urgente.

—Sentate ahí si querés, que tengo una clienta —dijo ella.

Ignacio se sacudió la nieve y se sentó a esperar mientras Selene, parada al frente del vestuario, se mordía el labio inferior y se miraba la punta de los zapatos. Al rato salió la clienta con unos pantalones amarillos muy apretados que brillaban en las nalgas como soles y se paró frente al espejo.

—¿Qué tal se me ven, querida? —dijo.

Pasó por la ventana una familia de coreanos a punto de elevarse entre los copos de nieve. Pasó, agachándole la cabeza a la ventisca, el dueño de la Carnicería Medellín, donde Ignacio compraba fríjoles secos y harina para arepas. Durante algún tiempo había comprado allí también la carne, pero dejó de hacerlo después de que lo vio rascarse el ano y tasajear, muy nítidas y profesionales, unas tiras de tocino. Y pasó, también entre los copos de nieve, el automóvil de Danilo.

El almacén era de Ligia, la mujer de Nelson, y Selene llevaba trabajando en él casi dos meses. Ignacio sabía que Selene no estaba al tanto de muchas cosas, y había venido a contarle en lo que estaban metidos Nelson y el Gordo, a decirle quién era él (es decir, Ignacio), a contarle lo que ahora estaba pasando y avisarle de lo que en muy pocas horas pasaría.

A las doce Danilo seguía dando vueltas como un abejorro alrededor de la cuadra. La clienta se había ido por fin, e Ignacio había podido explicarle todo con calma a Selene. Ella se asustó mucho al principio, por supuesto, y empezó a llorar, pero al rato se calmó y se secó las lágrimas con un kleenex, apretándolas como a tinta con un secante, para no correrse el maquillaje. No se pintaba mucho, apenas para hacer lucir al máximo sus ojos grandes, que tenían forma de almendra y mirada lenta, como de olas de mar.

—A mí por Nelson y por los otros no me importa. Pero qué pesar del Gordo —dijo.

Gerardo, el Gordo, no obstante vivir de lo que vivía, no obstante tener que verse involucrado de vez en cuando en una que otra muerte, era un hombre bueno. Dos cosas lo preocupaban en la vida: su familia y las grasas de la sangre. Se la pasaba haciéndose medir el colesterol y los triglicéridos, y acostumbraba imaginarse los bultos de colesterol que daban tumbos contra las arterias, se depositaban y empezaban a acogotar el corazón. Al negocio lo trataba con cierto desapego y hasta con repugnancia, pero era eficiente y, en el fondo, mucho más cauteloso que su hermano Nelson, que tanto gustaba de tecnologías, números y nombres en clave.

Selene era prima de Ligia, la esposa de Nelson. Ligia era bella y gustaba de hablar de las cosas que había comprado o pensaba comprar. «Estaban vendiendo en Saks unos zapatos de ataque, querida», decía, por ejemplo, «pero no tenían mi talla». Tenía pies grandes y tendía a comprar zapatos demasiado chicos, que le producían callos y juanetes. Debía visitar al podólogo

con frecuencia. Cuando Ligia decía «adiviná lo que compré, querida», Selene, sin darse cuenta, comenzaba a exasperarse. Para ropa, podólogo y joyas, Ligia tenía que arrancarle la plata a Nelson, que había sido contador titulado antes de empezar el negocio y, quizás por eso mismo, era tacaño.

Al salir del almacén, Ignacio vio otra vez pasar el Honda del retardado de Danilo, que, sin mirarlo, le hizo una señal con el meñique. «¡Gafas de sol en semejante nevada!», pensó Ignacio.

A la una de la tarde entró al apartamento de Selene y guardó las cervezas en la nevera sin sacarlas de la canasta de cartón ni de la bolsa plástica. Destapó una cerveza y se sentó en el sofá a mirar la foto de los padres de Selene que había sobre el televisor, tomados de la mano en un antejardín de Cali. La madre, aún joven, tenía ojos moros como los de Selene; el papá cargaba tres bolígrafos en el bolsillo de la camisa.

Ignacio tenía que llamar a Paul, que estaba a cargo de la investigación.

—Yes —le dijo a Paul—. It's there, yea. What do you mean? Of course I did. You think I am stupid? Yes. Yes. Yes. Okay.

Su inglés era muy fluido y muy fuerte; inglés de alguien de Medellín.

Colgó el teléfono y dijo «policías hijos de puta». Si se hubieran burlado de Nelson la vez que dejó escapar el par de nombres que ahora los hundían a todos, si hubieran mostrado alguna emoción, Ignacio no los habría despreciado tanto. Pero Paul, después de oír lo que dijo Nelson aquella vez, solo había murmurado «los agarramos», e Ignacio lo vio quitarse las gafas de hipermétrope y los auriculares, poner al descubierto sus ojos duros como piedritas, acomodarse la repugnante corbata de misionero protestante y colocar en una bolsa de manila las cintas grabadas que perderían para siempre a Nelson y enredarían a muchos inocentes.

Danilo, que además de torpe era ignorante, lento, bruto y malvado, pasó frente a la casa. Manejaba

con el brazo afuera, para mostrar su reloj y su arrogancia. «Hasta que un camión lo deje manco», pensó Ignacio mientras iba hasta la pared, se ponía en cuclillas y empezaba a rajarla cuidadosamente con una cuchilla. El temblor de las manos era apenas perceptible. Separó el trozo de pared y aparecieron los paquetes. Muchas veces había tratado de explicarle a su familia cómo se construían las casas en Estados Unidos. Que de ladrillos se olvidaran, les decía; las paredes estaban vacías por dentro. Clavaban láminas de yeso prensado sobre estructuras de madera o metal y se alcanzaban a oír todos los sonidos de un cuarto al otro. Y aunque todos se admiraban, él no creía que verdaderamente entendieran lo ilusorias que eran aquí las paredes, la vida. Parezco un ratón, una rata, pensó al mirar el roto por el que se veían los paquetes de billetes.

Volvió a colocar el trozo de pared, le puso cinta, masilló, pintó y secó la pintura con el secador de pelo. Salió a guardar tres paquetes en una de las casillas de la Greyhound, en Nueva Jersey. Era el dinero

que se iba a llevar —no a robar, pues, cuando todo estallara, el enorme billeterío que movían el Gordo y Nelson quedaría por un instante en el aire, sin dueño—. Después fue al apartamento de Huevoduro, en Queens, a dejar allí otros dos paquetes de dinero. No a «inculparlo» —pues esa no era la palabra en el caso de alguien como Huevoduro, que vivía en un sitio donde las bolsas de droga eran tantas, en las paredes, en el cielo raso, hasta en el horno, que uno terminaba por perderles el respeto y mirarlas como si fueran de harina de maíz para arepas—, sino para crear una cortina de humo sobre los dineros que Ignacio mismo se llevaría. Entonces, a eso de las seis, regresó al apartamento de Selene, a esperarla, y ahora solo quien supiera lo que había estado haciendo habría notado el leve olor a pintura en el aire.

Selene era firme por todas partes, suave por todas partes; su amor envolvía por todas partes y todo lo llenaba. Entrar en ella era como entrar al paraíso terrenal.

A las siete y media de la noche Selene le dijo a la mesera que solo quería un pedazo pequeño de morcilla con rodajas de tomate. «Pero no me lo des demasiado pequeño tampoco, ¿oíste?», advirtió. Ignacio pidió mondongo. Y mientras aspiraba el humo asfixiante de la sopa, se admiró de que las mujeres bellas se las arreglaran para comer sangre coagulada y arroz embutidos en duodeno de cerdo como si fueran frutas, fresas.

Selene había viajado a Nueva York con su padre después de terminar el bachillerato. Su padre dijo que Estados Unidos no era para ellos —es decir, para él y la madre de Selene, que se había quedado en Cali esperando a que su marido decidiera si Estados Unidos era o no para ellos— y se devolvió luego de seis meses. Selene decidió quedarse, pues ya se había inscrito a clases de inglés, y el Gordo y Nelson estaban consiguiéndole la tarjeta del seguro social.

—¿Tenés miedo? —preguntó Ignacio.

—Sí —dijo ella. Claro que tenía miedo.

—Lo malo es que ya no te podés ir. Hay que esperar a que se termine todo.

Sonó el despertador a las cinco de la mañana y a Ignacio le quedó intacto en la mente el sueño en que Selene, rencorosa, le acercaba la cara y le decía «¡sapo, sapo!». La dejó durmiendo y salió a encontrarse con Nelson en el parque de Flushing, de donde saldrían para las bodegas del aeropuerto a recoger más material. Nelson acostumbraba decir que ciertos trabajos prefería hacerlos en persona, pues los empleados, por buenos que fueran, nunca les ponían el mismo empeño.

—¿Hablaste con L7? —preguntó—. Está lisa como jabón esta hija de puta carretera.

Ignacio sabía bien quién era L7. Para irritar a Nelson y sacudirse su propia irritación preguntó:

—¿Abigail? ¿Matarratas?

—No me digás que todavía no te sabés los hijueputas códigos —dijo Nelson—. Lo que pasa, hombre Ignacio, es que uno nunca sabe…

Y ya iba a soltar su parrafada sobre la importancia de mantener los códigos de manera estricta, así fuera para comunicarse desde lugares que al parecer no ofrecían riesgo alguno, cuando Ignacio lo interrumpió:

—No me vengás otra vez con eso, Nelson, ¿sí? Ese discursito ya me lo sé de memoria, ¿sabés?

—Bueno, pues entonces aplicalo, aplicalo —dijo Nelson con tono casi paternal, furioso en realidad.

Ignacio lo miró con sorna. No sabés lo rápido que te vas a empezar a podrir en la cárcel, pensó. «Hablé. Hablé con Matarratas», dijo, y Nelson mascullό algo que seguramente era un insulto. A los demás los maltrataba con ese estilo suyo cortante, frío, repleto de desprecio y engreimiento. Con Ignacio, que era, o alguna vez había sido, médico, se cuidaba: para Nelson los seres humanos una vez se titulaban, y más si era en Medicina, pasaban a una esfera superior de existencia.

A las siete y media de la mañana salieron del aeropuerto para donde Abigail Echeverri, alias Matarratas. Abigail vivía en uno de los apartamentos más

alejados, en Queens, cerca de la última estación del subway. Todos los antejardines estaban cubiertos de nieve. En algunos había árboles de Navidad, muñecos del Papá Noel y tiros de alces.

—¿Qué más ha habido, galeno? —dijo Abigail—. ¿Don Nelson, cómo está?

Nelson no respondió.

—Qué más Abigailcito —dijo Ignacio.

—Andá Matarratas, empezá a traer los talegos del carro, ¿sí? —dijo Nelson—. Pero mosqueate, ve, que vos a ratos parece que tuvieras plomo en el culo. ¡Claro! ¡Como se la pasan pajeados a toda hora...!

Nelson se refería a la afición que tenían los muchachos por la pornografía. Todos ellos, Abigail y Monumento, los dos Cerebros, Huevoduro y Pacho se habían enviciado a las películas de sexo. Por razones de seguridad, a fin de cortar de raíz la posibilidad de que los siguieran, los habían obligado a encerrarse durante varias semanas en los apartamentos donde se guardaba el material. Entonces el Gordo les había con-

seguido televisión por satélite para que no los matara el tedio. Y de las decenas de canales a su disposición habían optado por los de pornografía. Hasta Abigail y Danilo, únicos a quienes se les tenía permitido salir, y solo para diligencias de trabajo, se habían enviciado. Al escuchar las conversaciones telefónicas interceptadas, Ignacio se distraía mirando la cara de desconcierto de Paul y los otros detectives cuando los muchachos empezaban a hablar sobre las películas que habían visto. Muy comentada, por ejemplo, había sido la de los tres que copulaban sobre un caballo.

—¿Y viste la estaca que le metía el de atrás a la muchacha? —preguntaba Monumento, que debía su apodo al tamaño de la nariz.

—Parecía un colino de plátano —respondía en la otra línea el menor de los dos hermanos Tamayo, a quienes, por sus pocas luces, apodaban los Cerebros.

Rob Martínez, uno de los detectives, era de familia chilena pero había olvidado mucho el español y no sabía lo que era «estaca», mucho menos «colino»,

e Ignacio tuvo que explicarle. A veces los comentarios de los muchachos eran tan retorcidos desde el punto de vista moral y psicológico, y tan barrocos desde el punto de vista lingüístico, que no había manera de explicarlos. Y resultaba siempre muy agradable ver la cara de frustración de Rob, con los audífonos puestos, esforzándose en dilucidar si la palabra «panocha», por ejemplo, que figuraba con tanta frecuencia en las conversaciones de los sujetos, era en este caso alguna clave que significara cocaína o kilo o envío.

A eso de las doce del día, Nelson e Ignacio habían hecho ya todo lo que tenían que hacer y viajaban en silencio para la casa del Gordo. Lo único que tenían en común eran los negocios, y en ese momento no había asuntos para tratar. Muy de vez en cuando, y sin demasiada convicción, Nelson trataba de decir algo, hacer algún comentario técnico sobre el estado de la calle o sobre el funcionamiento del automóvil, pero Ignacio no encontraba nada que decir y contestaba con monosílabos.

La casa del Gordo era el pandemónium en medio de las preparaciones para la Navidad. El Gordo, que por estas fechas nunca estaba demasiado sobrio y oía música casi constantemente, participaba en persona en la preparación de los tamales, se encargaba él mismo de los buñuelos y supervisaba la marcha general del asunto, cosa que agradecía su mujer, a quien poco agradaba la cocina. El Gordo comía todo el tiempo, chorizos, morcilla, trocitos de chicharrón, para mantener bajo control el aguardiente, que a su vez parecía ayudarle a olvidarse un poco de los triglicéridos.

Ignacio había tenido la esperanza de que allí estuviera Selene, y allí estaba. «Mirá cómo late que late el corazón del sapo», pensó con odio hacia sí mismo, con saña, como alguien tratando de sacarse los ojos con las uñas. Selene lo vio entrar, se miraron e Ignacio supo que no lo iba a denunciar, no iba a denunciar al denunciante, y su alegría fue intensa, no por el alivio del miedo —pues los del Gordo no torturaban, y de matarlo seguramente lo haría Abigail,

que le caía bien y era buen tipo—, sino por ese deseo que sentía por ella, que absorbía toda la luz y todo lo avasallaba.

A eso de las cuatro de la tarde regresaron al apartamento de Selene y, protegidos por el placer, flotaron otra vez, inermes, sobre la muerte y la aniquilación. Infinita la belleza del vientre, pensó él, del trazo de minúsculos vellos que van del pubis al ombligo y se extienden como rizo de agua por el resto, visibles solo para él, el primate macho elegido, el mandril más realizado. Ninguno de los dos había mencionado al Gordo, ni a Ligia ni a los hijos de Ligia, ni a la mujer del Gordo, ni a la mamá del Gordo, ni a los muchachos que cuidaban los apartamentos. Durmieron un rato, se levantaron casi a las seis de la tarde y prepararon una especie de desayuno, con huevos y pan. Se bañaron y empezaron a arreglarse para la fiesta de Navidad.

—Otra vez se puso a nevar —dijo ella cuando miró por la ventana—. ¡Qué belleza!

Ignacio se acercó a Selene, que se maquillaba frente al lavamanos, le bajó los interiores y la tomó por

los hombros, anchos, angulosos, mientras el cabello de ella se extendía muy negro sobre las llaves del agua, y los cepillos de dientes rodaban hacia el centro. Regresaron a la cama y durmieron mucho tiempo. Se levantaron casi a las diez, se bañaron otra vez y salieron para la casa del Gordo.

A las dos de la mañana ya muchos estaban borrachos. La música atronaba. A Ignacio casi se le había olvidado lo que iba a ocurrir, cuando tumbaron la puerta y en la confusión hirieron a Abigail en el hombro y mataron al Gordo de un disparo en la cabeza. Las mujeres gritaban. Los policías insultaban, pateaban, empujaban, ponían esposas. A Ignacio le dieron un culatazo en la coronilla y lo esposaron. Ya no nevaba. El suelo estaba espumoso y crujía cuando lo pisaban. El frío en la acera se había hecho cortante, picaba en las fosas nasales y quemaba las orejas. Ignacio vio cuando subían a Selene a una de las radiopatrullas. A las tres de la mañana pasadas, con una venda en la coronilla, Ignacio fue hasta la Greyhound, y a eso de las cuatro estaba con Selene en el hotel.

El hotel era de segunda, casi de tercera, y quedaba al lado de un lote vacío, cerca del aeropuerto. La policía no iba a pagarles un hotel de cinco estrellas. Se oía continuamente el ruido de las turbinas de los aviones que llegaban y salían de las pistas. Por la ventana aparecían las ramas desnudas de ese árbol de nadie, que nadie siembra y crece sin ayuda, en los lotes, en los patios descuidados o abandonados, y que es frondoso en verano, hermoso y frondoso en primavera y en otoño, y despreciado siempre, por lo excesivamente fértil y resistente. *Ghetto palm*, lo llaman.

Selene había estado llorando en el baño y se había acostado. Cuando él, luego de terminarse la media botella de aguardiente, se acostó y la buscó en la cama, ella dijo:

—Ahora no. ¿Cómo se te puede ocurrir? Ahora no.

E Ignacio nunca quiso averiguar si lo que dijo después con voz casi inaudible, «sapo, cochino», en realidad lo había dicho ella o lo había imaginado él, lo había soñado.

Este libro
se terminó de imprimir en los
talleres gráficos de Nomos Impresores,
en el mes de noviembre de 2012,
Bogotá, Colombia.